



# EL LABERINTO SIN MUROS



Rogue Esteban Scarpa

**ROQUE ESTEBAN SCARPA**

**EL  
LABERINTO  
SIN  
MUROS**

**Editorial Aconcagua, 1981**

31072

ROQUE ESTEBAN SCARPA

EL  
LABERINTO  
SIN  
MUROS

**EL LABERINTO SIN MUROS**

**Roque Esteban Scarpa**

1ra. Edición. 2.000 ejemplares  
Ins. Reg. Profs. Intelectual: N° 53.461

Diseño portada:  
Alberto Rivas Z.  
Hugo Rencoret

Editorial Aconcagua  
Huérfaños 1373, Of. 1203

Impresor: Salesianos -

*Y sé que toda amistad no es ceniza.*

Lasse Söderberg

A

Oreste Plath,

por su inmensa generosidad

## EL LABERINTO SIN MUROS

Aquí estuvo el laberinto. Es un vacío  
poblado de una tierra real ennegrecida.  
Impávidos siglos lentos miraron derruirse  
las murallas ciclópeas, sordamente ordenadas  
jugando con la magia de inicio sin salida.  
De lo que fuera ira de oscuro minotauro  
contemplo huesos de dulces donceles consagrados  
que, pertinaz, el sol lamió con lengua de oro  
hasta que reposaran en láminas de luna  
y luego, en polvo quieto, mimando entre los vientos,  
veloz paréntesis sobre la tierra, la lucha  
con inexistentes cuernos, en la nada total  
donde el mito perdiera su sentido de vida.

Sin voz está la tierra, alerta en sus asombros.  
Ve levantarse muros de muy sólido aire  
de geométrica amnesia que se tornó en memoria.  
Mueve estremecimiento un mugir estentóreo.  
La brisa se ha quebrado en astillas corneadas  
mientras Teseo esquivo los ángulos filudos  
de pared contra pared que, al reflejar las sombras  
de inocentes jóvenes y conductor soberbio,  
oponen su vivo llamear al destino oscuro  
con imaginario ovilla apretado en la mano  
que siente desgajarse una línea de luna.  
¿Quién se lo hurtó al trasgredir la dorada puerta,  
quién lo trocó por polvo de aroma de jazmines,  
que los aires enjugan como nevadas lágrimas  
mientras Minotauro huele en los cuerpos cerrados  
surtidores ardientes de quebradizas venas?

Teseo y el toro, en ojos arden de amapola.  
En voltereta exacta, sobre la ávida furia,

burla, por arte, el hombre, la muerte transeúnte  
para caer erguido cual vira de diamante.  
El toro triza, por siete veces, la dulzura  
de carne de doncella y rasga pechos tensos  
de jóvenes varones en agraz condenados.  
Teseo, pájaro de la madrugada, corta  
los aires, catorce veces, sin oír el espanto  
de desgarradas voces que reúne el silencio.  
No nota que, de rubíes, enjoya la lira  
de sus cuernos el toro, vencedor y burlado,  
Teseo, ciego de juventud, alza la suya  
contra el aire triunfante y conmovida tierra,  
y, entre el polvo, un estuario de muy rojas voces  
corea con llanto la impiedad de esas muertes.  
Teseo abre sus ojos junto a la centella  
detenida, un instante, en quietud de sorpresa  
por su figura que los dioses protegen.  
Contempla Teseo, fiero de potencias,  
en el testuz carmesí y el bello todo niebla,  
catorce sueños rotos, hermosura quebrada.  
Tuerce a la fuerza oscura que la tierra sustenta,  
con su potencia clara el cuello de furores.  
El espacio, en vano, busca en altura el bulto  
que el aire está pisando volcán de lava muerta.

Al joven triunfador, el geométrico silencio  
le guarda prisionero entre indiferentes muros.  
Sólo desvanecido aroma a sus manos responde.  
Muy dura ausencia las juventudes se han tornado  
y ningún gemido rehace el ovillo de Ariadna.  
Teseo es perseguido por soledad de sí mismo,  
vacío de palabras, de esperanzas, de espanto,  
Minotauro renovado por cielos inclementes.

Muerto en laberinto de murallas, Teseo  
olvidado entre memorias de impacientes prisas,

supé que el amor, en vano, no me ovilló su aire,  
porque yo recreara en el ansia la esperanza.  
Me verá. No me vereis en este perdimiento  
de una sombra yacente y un sol estupefacto.  
Me desgasto los labios con lúcidas palabras  
y sólo el desvarío responde con cordura.  
No murió el Minotauro. ¿Estoy acaso vivo?  
Alzo una mano a la nada. La cercena su filo.  
De un ovillo de sangre mana un río que canta  
y él me va diciendo más allá de murallas.

## PROFECIAS Y HEDORES

*No soy un profeta, lo cual carece de importancia,  
he visto oscilar el momento de mi grandeza  
y he visto al eterno Lacayo tomar mi abrigo  
y reir tontamente...*

T. S. Eliot

Tengo ojos en cada poro de mi cuerpo.  
Estoy quemada de señas que me hacen  
el pasado, el presente y el futuro,  
y, como no tengo párpados, despierto  
aún en mi dormir profundo. El día solar  
tiene por propio el río de la sangre  
y no hay tinieblas que él no horade  
con su pensar de rayos. Don de desgracia  
es el demasiado ver, el no ser ciega  
y, por el entrecortado llanto, no le crean.

Nacer para testimoniar que el cáncer va escogiendo  
un hueco donde aovar sus cuervos grises;  
que el río que dice gloria lleva en cada gota  
secreta sombra de polvo y una sed que gime;  
que la fatiga es un coágulo para un pie desnudo  
mientras reluce el ágil paso del gimnasta;  
estar donde va naciendo la soberbia del cuerpo  
y oír como susurran los dioses de impaciencia;  
ver las manos que aplauden y se tornan en garras,  
sin que la lentitud donde todo corre  
agolpándose de gozo en mironas espumas,  
os quisiera donar, mortales, contra la sorpresa  
que, de prisa, saltará la fortuna vuestra.  
No quisiera saberlo. Me quitaron olvido.  
Como potranca me espolean para que relinche  
y mi grito os destruya vuestro pequeño oído.

Quitadme, cada uno, un ojo de mi cuerpo,  
mas vuestra multitud no contará centelleante arena  
que el mar procrea en mi infinita mirada.  
Seré vuestra conciencia, aunque jamás querida,

ahorquillada cuando estéis segundo.  
 El polvo que borrará vuestros reales ojos  
 me será lágrima de ardor. No la enjugará nadie.  
 Ni siquiera el dios que me amó para perderme.

## LOS SILENCIOS PARA CASANDRA

### I. NO NECESITAMOS PROFETAS

*Conocemos tu fama de profeta. Pero no  
necesitamos profetas ahora.*

Esquilo. Agamemnon.

Calle augurios el dios en tu boca quemada por tus sedes  
Casandra, deberían velar los inmortales su sabiduría  
para que en el tiempo se retrasen los dolores.

El contorno cerrado de la ignorancia amamos.

¿Por qué ha de terminar este tan hermoso día que nos hemos labrado?

Lo que ha de suceder, no vendrá si nadie lo convoca

ni rueda en giro la fortuna: ¿quién, en su vuelo, ve rígidos

rayos? Desde nosotros todo adviene. No podemos querer el infortunio.

La ceguera es más vidente que los ojos despiertos.

Argos de ansias, al sueño de la ambición nadie podrá amanecerlo  
con palabras vanas, sábelo, Casandra enloquecida por los tiempos  
que vienen. Tú dices que las estrellas ya han limado

sus esplendentes esquinas en el azogue invasor que la premañana  
oculta, y el silencio pregona en nuestros oídos muertos

que el día nos acosará con despavoridas señas tras sus muros

de cosas habituales. Que en vano dejaremos en el polvo la rosa

de tu lengua. Sus espinas volarán por los aires. Tu cuerpo

será enjambre de enfurecidas verdades incesantes. Y nuestro hedor

secreto hará huir los vientos. Todo frondoso árbol

desnudará sus ávidas raíces y cada hoja tendrá miedo.

Si la tierra no amamanta la potencia de excluir el cielo,

de devorar a dentelladas de sombras los caminos,  
de segar, cegar todo instinto libérrimo de pájaro,  
daremos, en ramazones quebradizas, brazos de hamaca  
para que ofrezcan ojos de aire, sin párpados de hilo,  
suaves vaivenes para siestas larguísimas de apetecidas nada.  
Con la palabra no vencerán, Casandra, las palabras. Olvidas  
nuestra soberbia altura de pararrayos contra látigos ardientes  
y que en ceniza devolvemos a los dioses toda luz creada.  
Llamamos profetas a los sordos truenos, ventríflocuos;  
insomnes voces que trituran a las palabras que adormecen  
en paralítico sosiego la inquietud sin destino, y hacen  
más pobre al pobre. Traducen desorden, novedades antiguas,  
tumbas resurrectas, fuego fatuo, escoria, huesos ya roídos.  
La ira procrea a los profetas. Ninguna encarnación de un dios  
los quiso. Esclavos de su signo, la desazón los mueve  
sin sentido. Calcinan el acero de nuestras alambradas  
por desmandar ovejas, las suaves, las pacientes que donan,  
por común pasto ralo esparcido en la tierra,  
sujeto a medida nuestra de saciedad prudente,  
sus superfluos rizos de votiva lana  
que, con albor de jazmín olvidado, prenden  
en líneas que tensan la soledad del horizonte  
y, cuando la esquila cuchilla convoca mansedumbre  
al manadero de sangre y de suspiro, tiemblan.  
Contra nosotros dirán que no somos dueños de la vida  
ni de la sal del mar ni de las olas doradas de los campos,  
que hemos vertido en el aire detritus de inútiles consumos  
y levantamos prisiones con muros de deseos.  
Que digan en su exilio interior. No queremos ladridos  
que al aire ensucien con interrogantes. Casandra,  
tú desvarías el mundo en nombre de un futuro que no existe.  
Sólo la noche llega. En ella, todo es lentamente rápido.  
En su tiniebla se abren intenciones y se quiebran las manos.  
No hay llanto que reluzca. Con la alcahueta luz diremos que es rocío.  
No necesitamos profetas. Nuestro día es eterno.

## II. LA CIUDAD HA DESAPARECIDO

*La ciudad ha desaparecido y yo estaré  
en el polvo luchando.*

Cassandra, en Agamemnón.

Con las palabras que no diré se derrumbarán  
los muros; las puertas abiertas a la soledad  
no tendrán marcos erguidos ni hojas presuntuosas;  
la nada mirará por ventanas que habrán huido,  
sus fallebas se mantienen apenas como gotas de hierro;  
los vidrios se adelgazan hasta ser recuerdos de reflejos;  
andarán indecisas las calles en búsqueda de esquinas  
aunque las enrollen torbellinos en góces de barrenos.  
La ciudad ha desaparecido porque buscó aquel silencio  
donde nadie vive; las palabras, esqueletos de aire,  
pausas de voces sin encarnar no deciden camino;  
son inmolados en el ara del ruido laberintos de oídos,  
libres donceles de la ofrenda y del sacrificio.  
La ciudad se alza de palabras vivientes. La urbe,  
la babel de voces tartamudea de miedos finamente tallados.  
No os basten los escombros de fantasmas. Quereis  
que sea devuelto a su barro el soplo humano,  
pero existiría el polvo que fue en lo que llamasteis paraíso  
y podrían testificar el hueco y el aire despejado.  
Si creéis en humana victoria, yo, Cassandra, os digo  
que en ciudad que existió, en polvo que es apenas,  
ausencia os herirá de falta de sentido. Nadie puede existir  
sin el total destino. En la grieta del pie, en el paso  
del triunfo hurgará sin descanso el filo de un cuchillo  
doloroso y mínimo. Será boca invisible, pero dirá oh  
por su nostalgia, dirá ay por lo perdido, y con ansiedad  
y recuerdo, la ciudad se piensa y reconstruye  
en el orden piadoso de los verdaderos dioses  
hasta que el todo vuelva a ser y prorrumpa. Entonces,  
yo, Cassandra, la olvidada de humo, viviré en vuestro muro de carne  
acunando los sueños con palabras vivas.

### III. EL RUEGO DE CASANDRA

*Ruego a este último crepúsculo que no  
veré...*

Cassandra, en Agamemnon.

Ruego a este crepúsculo que podrá ser sin mí,  
imploro que guarde mi memoria esta ausencia presunta,  
que sostenga mis ojos en sus luces y noches,  
aunque no lo advirtais en el momento mínimo.  
Cada vez que se repita la conjunción de horas,  
a esta moribunda por infiel fidelidad, él no la olvide,  
a la encarcelada en don solar que en cicuta tornan  
los dioses generosos conscientes de su angustia.  
A quien no mide, no otorguéis en vuestra mente lúcida  
mensuras con calidades de vuestro minuto efímero:  
desatino es desnudarle de eternidad, fría coraza  
contra el comején del tiempo; crueldad vuestra,  
agujón clavado en la testa soberbia, escarabajos lentos,  
mientras rodais, y ondeáis el día con ceguera sin ímpetu.  
Crearle un morir, porque no diga la palabra que os duele  
quien en su vocabulario no tiene vivencia de la muerte,  
despojo de sabiduría es, vestir de enloquecimiento,  
dejar que el vacío roa con esfera dentada lo próximo y lejano  
y acreciente su imperio hasta que el viento del silencio  
nueva en mudez al mundo en sucesión de dunas.  
Por eso ruego a este crepúsculo, que será sin mí,  
que revele mi ausencia inmediata y futura. Los oídos  
sabrán de mis palabras y por las dos caracolas  
las posarán en vuestro corazón y andarán con la sangre;  
si rememoran mis ojos enllamados de espíritu, su fuego  
despertará, incluso en yesca de ciegos, luminosidad exacta.  
Y con mirar y aceptar lo que el mirar abarca, ninguna noche viene,

y en el crepúsculo de avasalladora luna y sol que sangra,  
estaré en el fiel donde siempre me degüellan, y dormir  
no dejarán al día ni a la noche mis lamentos, aunque direis  
la brisa, aunque exclamais escarcha traduciendo mi nombre.  
Ruego a este último crepúsculo que amordazará mis voces,  
que el silencio no me enrede para siempre.  
Cada vez que no habéis, os estaré yo hablando.

## HE ESTADO ENTRE VOSOTROS

He estado entre vosotros. Os he oído  
vuestras aquiescencias, obsecuentes palabras,  
que serían idénticas para halagadas orejas  
si fueran opuestos los tonos de los tiempos;  
os he visto la sonrisa temblando sobre el temor  
que selecciona los vocablos de moda, con angustia  
oscura de que, en su red, no quede pez antiguo;  
he palpado con los ojos vuestra enana alcuza  
con espeso óleo para las articulaciones;  
vi como recolectais los algodones castos  
en desoír y oír, por si acaso, los rumores  
mientras acumulais sonrisas y cribais el espanto  
de que aquella rueda clavada girando siga  
y el fuego de su vuelo calcine vuestras manos.  
Luego de estar mirándoos, tras la puerta  
he vomitado, sin saber que el vómito,  
para vosotros, es goce de un montón de rosas.

## MI PATRIA ES MI VIGILIA

Mi patria está en mis sienes.

Sólo mi pensar me da un sentido  
para que el océano alcance pleamares,  
para que, en las montañas, los ángeles reposen,  
para que los álamos tiriten de hermosura  
al ordenar los caminos y repartir sus sombras.

Las sienes son vigilia, porque mi corazón late  
y puede amar al ser que no veré en el tiempo  
y engendra la palabra de ternura e ironía,  
que tiene suavidad de gato y dos zarpas finas,  
que ronronea de fuego y tiene celo de agosto,  
porque un hombre se meza entre deseo y sueño.

Mi patria está en esa frente que no se satisface,  
cuya libertad de óvalo, no puede sujetarse,  
ni cabe en cuadrículados de ángulos dormidos,  
y gira como sol, que madura en los inviernos tristes  
los estíos de júbilo, y gira como luna que provoca  
las noches que esconden sus raíces de savias  
y sin yema de alba en almendros que se sueñan,  
y transfiguran la tierra y enardecen el aire,  
para que el hombre ande en erguido futuro  
cuyos pasos oye venir con el oído en tierra.

Mi patria está en mis sienes de pasión y cordura.  
Sólo los imbéciles ceden su patria a las sienes ajenas  
y viven en el exilio de un mundo que no existe.

Mi patria es la medida de mi existencia toda.  
Si muero, esa patria es frontera de nieblas,  
un ropón de cenizas que se pliegan de olvido,  
si otras sienes libres no la siguen pensando.

## TRENO NO QUERIDO

Trátalos, Señor, como a esos higos que nadie come,  
que a los puercos se dan y los puercos rechazan,  
porque prometen en cuaresma de dolor secretas mieles  
y por sus grietas y arrugas de mendigos caídos  
asoman lija, astilla negra, erizada lima,  
noche que devora las más lucientes lunas  
por acrecentar la tiniebla y su fuente de angustia.

Quizá sólo el hongo de fuego transfigurarlos pueda  
y no la lengua de luz de Tu maná que siempre cae  
ni la sombra radiante de un sueño que no tienen.  
Da, Señor, a nuestra hacha sutil el quebrantar su espesor  
de ramazón y lluevan goterones de savia sobre esta pasiva tierra,  
porque no sea duna andante ni arenal absorto;  
haz que cada fuerza desperece la fatiga de la desesperanza,  
que desencantado sea el espanto, que por fuera sonrío  
aunque, por los otros recibamos un viento horadante en el costado  
y catemos precio en lanzas codiciosas de ceniza.

## LAS ALCANDARAS

Las alcándaras  
no tienen hoy azores,  
sino nostalgia  
de abierto cielo y de radiantes vuelos,  
de ojo sagaz,  
de coriácea garra  
que limpia el azul de nubes y de pájaros.  
Las alcándaras que fueron reinas  
por el rebullicio de alas impacientes,  
de parpadeantes miradas avizoras,  
no están, ni la soledad las contempla  
en el recuerdo  
por la desolada tierra  
sin caballeros.

Permiten ahora que resida en su invisible brazo  
de tensión implacable,  
vecindario de loros inmaduros,  
gangosos de indolencia, cisternas  
de ecos guturales.  
Burlescamente, el hombre  
entre pulpa de pan enrojecida en vino  
les había donado  
su propio reflejo,  
la palabra.

Las estrujadas uvas en agraz  
sobre villana alcándara  
son viento de color, recortado vuelo,  
peripatético filosofar que trafaga  
breve, por voces aprendidas  
donde no hay embriaguez de trigo  
ni cordura de vino.

El capirote del azor heredan en la noche,  
y si se mueve, aceleradamente,  
su libertad en el sueño,  
se ciega en los amaneceres la memoria,  
el moho va cubriendo la palabra,  
la alcándara es oxidada armadura sin destino.

Ya no tiene alcándara  
la vivaz cetrería de las almas.  
Capirotos de terciopelo cortan  
para miradas desmiradas,  
siempre en víspera de sentido,  
atajos de palabras  
que del camino real apartan.  
Caballeros sin toque  
de reluciente espada,  
no bautizan su hombro  
y fanfarronean  
al apearse de rocinantes voces  
junto a las alcándaras:  
buscan azores sin demasiado vuelo  
y los husmean con desgastada gana.  
No necesitan cielo, sino reino de tierra,  
imanes ciegos para yerros de muerte  
y que impere el silencio  
sobre el recuerdo de que hubo  
alcándaras.

El capirote del azor heredan en la noche,  
y si se mueve, aceleradamente,  
su libertad en el sueño,  
se ciega en los amaneceres la memoria,  
el moho va cubriendo la palabra,  
la alcándara es oxidada armadura sin destino.

Ya no tiene alcándara  
la vivaz cetrería de las almas.  
Capirotos de terciopelo cortan  
para miradas desmiradas,  
siempre en víspera de sentido,  
atajos de palabras  
que del camino real apartan.  
Caballeros sin toque  
de reluciente espada,  
no bautizan su hombro  
y fanfarronean  
al apearse de rocinantes voces  
junto a las alcándaras:  
buscan azores sin demasiado vuelo  
y los husmean con desgastada gana.  
No necesitan cielo, sino reino de tierra,  
imanes ciegos para yerros de muerte  
y que impere el silencio  
sobre el recuerdo de que hubo  
alcándaras.

*ofrece sacrificios a anzuelo,  
incienso a la red.*

Habacuc. 1-16.

Estais equivocados. La libertad es vuestra.  
Prisioneros son los asechadores de su asecho,  
hombres ávidos que, en el verdemar, colocan  
plata interrogante con su mentira muerta,  
ventanas de nada armadas por hilos que se mecen  
como si de aire fueran los dedos de las aguas.  
Vosotros, ante el peligro que os incita y os niega,  
frente al gusano de la muerte que os convoca,  
junto al ventanar que finge sus plurales huidas,  
por perder memoria de esas manos que os están atrayendo,  
ofreceis sacrificios al anzuelo para salvar la vida,  
al interrogante respondeis con genuflexiones  
e incensais a la red para negarla en humo.  
Mas, por si los dioses duermen, apretais el bocado  
y oleis vuestro aroma que os hace sentir dioses  
y entrar en la red que os mira, con los ojos cerrados.

En lo antiguo, los reyes se enterraban  
bajo la luna de cuarzos destrozados  
o conchas marinas con estrías de océanos  
o mármol albo pulido por serviles dedos,  
imagen del blancor de sus secretos huesos.

Ellos fueron el sol. La luna los domina,  
al oscurecer en blancura su radiante ausencia  
y dar visión de gozo a los ojos del hombre.  
Mas, el poder se convierte en opacas lágrimas,  
en caparazones donde ha huido la vida  
o en el frío relumbro de prestados rayos.  
Bajo su apariencia, las venas se deshacen,  
se desata sin tiempo el reloj de los latidos,  
se abren huecos de tinieblas en los ojos,  
en los halagados oídos, gusanos cuchichean  
y el musgo triunfa sobre el despreciador árbol  
para que la nonada recobre significaciones.

Todas las palabras se congregan para ser juzgadas,  
se cristalizan los pensamientos en rocas o diamantes  
y los actos son canes de presa o fieles perros  
llamados a presencia. Si el sol verdadero  
del íntimo amor que movió sus actos  
luce desprendido de la escoria de los días,  
serán salvos. Si no, su luna girará yerta,  
aunque reluzcan conchas, mármoles y cuarzos.

## SALUTACION

Lacayos de la circunstancia,  
villanos de las esferas,  
(de aquellas sin música,  
oh, Fray Luis,  
sin música),  
portadores del bacín real  
que a jazmín os huele,  
cíncicos circunflexos,  
cínifes genuflexos  
que os alimentais  
de postreros dedos;  
deshuesados mediocres  
a ras de tierra  
matais las sombras  
y de hazañas  
os envaneceis, soberbios;  
barbilindos de altanerías  
y lanzas desangradas;  
hueco gong que sonais  
en el tono preciso  
de la mano airada;  
alguaciles de la verdad  
de esta mañana,  
bajo vuestra axila  
el gallo su ardiente cresta asoma:  
por heredad teneis  
el ser picoteado  
por la mejor conciencia  
antes de que otro sol  
amanezca.  
A cada uno de vosotros,  
los sin fuego y cenizas,  
fénix yo en el tiempo,  
humildemente  
os desprecio.

*Corte el Señor los labios lisonjeros.*  
Salmo XII

La gratitud es el sello de los bien nacidos.  
 La voz exacta proclama la grandeza del límite,  
 establece justicia, ahuyenta vana gloria,  
 y en su frontera de aire hombres reconoce.  
 La lisonja es prostituta de acicalado labio,  
 maritornes de goces para arrieros mentales,  
 exalta entre susurros isla por continente,  
 jadea su insensibilidad por un relumbre áureo  
 y hace del varón un puto sonriente por un pago  
 en palabra primero y con sueños de usura.  
 El donjuán del instante conquistador se cree  
 y es conquistado por el burlador del instante  
 que asume la lisonja cual tributo debido,  
 mas no sabe la metástasis de la adulación aovada  
 y la muerte que, por insoslayable hidropesía, trae.  
 Desde el trono ficticio se yergue la certeza,  
 la soberbia que invade territorios vedados  
 y el coro canta gloria con sus amplificadores  
 si la victoria es cierta y su sol momentáneo.  
 El signo adverso, como fantasma en bruma,  
 hace invisibles, lejanos, los labios lisonjeros.  
 Por eso, el Salmista pide al señor que corte  
 mesturera amapola que engendra sueños vanos.

No nos preocupan los cadáveres ajenos.  
Son noticia de sombra que a la ética aduerme.  
Los ojos vivos consumen tanta voz escrita  
que alarido debió ser, muerto en nuestra propia vida  
sin dolor de muerte. Casi no nos preocupan  
los cadáveres próximos. Hay impías piedades  
para seducir la conciencia: "Para qué desear  
sufrimientos en mutilados días".  
"El morir temprano, por más eternidad es paz".  
"No tenía esta tierra agua suficiente  
para su sed utópica". "Morir de un relámpago  
es apetecible, quizá lo sea". "Ceder la vida  
en juventud, fija permanente primavera".

¿Quién traza congruencia entre sufrir y suficiente,  
entre memoria y esperanza malograda?  
La esperanza se aposenta en el olvido  
porque el dolor no tiene poderes sobre el mundo.  
En el hueco de la bondad ya no respirará  
nadie. La juventud que declinó en el día solar  
entreveró crepúsculos sangrantes en el alba  
que adviene. Debemos desusar la desmemoria fría  
y preocuparnos del final cadáver que seremos.  
De su pleno momento luminoso, resurrección de la carne  
es la promesa; de bodas con el alma,  
para cielo o infierno, arras del novio cuerpo.  
Mientras, no podemos, en olvido humano, seguir siendo  
sólo el cadáver intermedio.

He partido lentamente hacia mí mismo,  
al exilio interior. Encendidos del corazón  
los motores, comprobado que no siente fatiga  
todo lo que el Creador ha puesto para el vuelo,  
con una pena lenta anduve por cemento duro  
acariciándolo, por que no me detuviera;  
luego acumulé la ira en inquietud temblante  
y mirando la desolación que era mi camino  
con prisa acelerada abandoné la tierra.  
Sabía que quedaban en amplias azoteas  
seres, pocos seres, con deudas de sus lágrimas  
o de esas chispas que eran centella de sus noches,  
y sólo en mi ausencia alcanzarían a notarme  
como un vago vacío, como el hablar sin eco.  
Pero, ¿qué hacía yo en la tierra contigua,  
sino una representación de soledad colmada  
de niños que, al no crecer medían su estatura  
por tamaño de sombra, ignorando que el hombre  
es luminosa herida, que las ropas ocultan?  
Ahora soy un ángel en este siglo veinte,  
despojado de tierra, prisionero de técnicas,  
defendiéndome con palabras de tenazas impías.  
Voy perdiéndome en el vuelo, pluma a pluma,  
tuerca a tuerca, hacia el claror radiante que entreveo.  
El aire me hace suyo. No me veréis ni nube.  
Puedo arrancar del vuelo la rúbrica del ala  
y la confío al viento porque su temblor os hiera.

## CIUDAD

Anda a esconder tu tristeza  
en el bosque de la ciudad.

Los nuevos cedros,  
altas torres gemelas,  
te darán sombra,  
toda la quieta sombra  
que al alma vino  
por el iris radiante  
de los televisores,  
por la noche en el polvo  
de los libros.

Donde las calles mueren,  
colores vasallos del tiempo prisionero,  
te mostrarán sangre amenazante,  
girasol amarillo,  
ortigas súbitas  
que te apresuran  
enloquecidamente  
y cada lapso,  
intermitentemente,  
inversamente,  
te moverán a su ritmo la sangre  
o harán estatua al cuerpo impaciente  
hacia el movimiento.

Apenas la sonrisa  
de un diminuto sol  
cazado por los aires  
y primavera con su trébol  
alentador de pasos  
te hará olvidar  
tu propio mecanismo.

Los ojos,  
de vitrina en vitrina,  
se limarán de objetos.  
Cada uno  
ofrece su paciencia  
para que esclavo seas.  
Podrán seducirte  
en innecesaria vestimenta  
de arlequines;  
en la guerrilla  
de clanes escoceses  
embriagarte  
con el dorado de sol  
o el cobre  
de los whiskies.  
En abandono,  
caídas de las manos,  
cajetillas  
apretujadas por el desengaño,  
nombres foráneos  
arrastran  
en cunetas  
cual hojas desdeñadas  
por permanente otoño;  
no pienses de aquéllas  
lo que fue su aroma  
en el pródigo humo  
que la ciudad te ofrenda.

Rápido arcoiris de los autos  
parece no moverse  
en las calles selladas;  
la calva solar y luto de los taxis  
atisban toda espera;  
el microbús erizado,

lento,  
agitando  
bandera al aire, tanto cuerpo,  
engulle en las esquinas  
elásticamente  
a los peatones  
y luego, en los sucios vidrios,  
muestra  
sus testas degolladas.

Los kioskos,  
rectángulos de colores,  
lujosos  
de noticias idénticas,  
pugnan por llamarte  
en su estío del día  
o la semana  
en que no cae hoja.  
Sin detener a nadie,  
los rostros uniformes  
te chistan,  
te sisean.  
El kiosko,  
aburrido,  
sin cesar bosteza.  
Como ala que despega  
un teléfono oscuro  
logra chispeantes  
comunicaciones.

Inútil desangrarse  
por advertencia seca.  
Nadie puede esconder una hoja viva  
en bosque talado  
que desdeñan los pájaros.  
Si en lentitud

te vas entristeciendo  
y no hallas silencio  
para tu fatiga  
porque vocea la angustia  
plural pecho de heridas  
y el cansancio pregunta  
por un lugar más puro,  
te responderá  
el polvo no vencido,  
el eco con memoria;  
nadie puede ser,  
decir un hombre,  
sino en la libertad  
plena del aire  
donde las palomas de oro  
que seducen trompetas  
vuelcan los muros  
de las ciudades tercas,  
como en Jericó  
a la tercera vuelta,  
y que, en cada cuerpo,  
sangre revolotea  
y, en cada boca,  
en palabras vocea  
esa libertad de la que ha nacido,  
que otros muros voltea.

El hábito de la ciudad,  
no te venza.

## LOS HOMBRES ROTOS

Dicen tener piedad,  
de los puentes rotos,  
los que no se moverán  
de la segura orilla;  
del piojo  
que ya no goza sangre  
bajo las ventanas grises  
del andrajo;  
sufren  
por ajenas madrugadas  
frías,  
donde el carretón anda  
sin caballos;  
les molesta  
la fragua de la lluvia  
que echa chispas  
sobre sus techos fríos  
y hacia el pecho  
de las otras casas  
su interminable,  
interminable,  
lágrima;  
el pensamiento se alarga  
sin ternura  
por camino  
en que se amoratan  
las ojotas;  
mientras  
en relámpago se enceguecen  
sus reales ojos  
por tanto objeto pulido  
tras la escarcha  
de las vitrinas.

A los otros,  
se les levanta el odio  
como niebla de campo  
que hace llorar a las zarzas  
arropadas de rocío,  
entreveradas de iras  
de espina  
contra espina.

El piojo  
no es hermano de sangre  
de aquellos  
a quienes el harapo hostiga  
con su hedor de vencido;  
a los que,  
en el filo del alba,  
duermen sin orejas  
para el chirrido triste  
de esas ruedas;  
y el goterón,  
si les acompaña,  
es sólo un grillo  
que molesta,  
que devuelve al cielo  
por vuestro techo,  
la lluvia;  
en el asfalto,  
altas botas,  
suavidad de gamuzas,  
olvidan desnudeces frías  
sobre cuero de lodo;  
y las monedas  
se desacurrucan  
en agresivos bolsillos

para que un hueco represente  
en el escaparate  
a su dueño.

Los recreadores de la justicia  
exacta  
juntan su uranio de rencor  
contra el injusto,  
para quemar de cólera  
con hongos  
a malditas ciudades,  
pues son ángeles desalados  
y sólo el sexto justo.

Así quieren arder  
en ensordecedora luz,  
piojo y sangre,  
la ventana temblante  
de la carne,  
los caballos invisibles  
de sudor y músculo,  
el chillar rabioso  
del chirrido.

Los techos serán hojas otoñales  
que vuelan cortamente  
para que la lluvia borre  
las goteras;  
no dejarán camino de álamos  
cuya tristeza era  
por la larga pisada dura  
de esos pies vencidos.

Se dormiré en hombre  
lo humano que camina  
por desolación de picardías.  
Sagaces mañas

le proclaman héroe  
gracias al mosto riente  
de la vida,  
para que no note  
la esclavitud gozosa  
ante el innecesario objeto.

Mientras tanto,  
todo en el ser machaca clavos  
para cruces ajenas;  
piensa el futuro  
como lugar glorioso,  
espejo de sus ansias,  
no calvarios de maderos  
sin término  
donde clamarán los otros  
por tristes soledades  
bajo un cielo  
que no es interrogado.

Nadie en sí comienza  
la revolución del mundo.

El olivo no nace  
ni la paloma torna  
entre un diluvio seco  
y arca de polillas.  
Y es el puente quien teme  
ahora  
por los hombres rotos.

## A UN VACIO, A UNA AUSENCIA...

A un vacío, a una ausencia  
comunicáronle la muerte  
del último nombre advenedizo,  
préstamo que dan los hombres  
a capricho,  
otoño que cabe en una hoja  
que a futuro invierno no conduce.

Adviene la pureza solar  
del hombre verdadero  
traído del fondo de las estrellas  
por los padres y abuelos,  
por el padre de todos los padres,  
por el abuelo de todos los abuelos  
desde el soplo de Dios,  
galaxia vencedora del tiempo  
hasta nuestro espacio vigente  
con destino.

El vacío pleno de poderes  
siempre terminó talándome  
lo postizo,  
por no acostumbrarme a lo caduco,  
porque me quede desnudo en lo que soy  
y me nombre, sustancial, como me quisieron.  
No deseo apodos que me sigan, ajenos,  
lebreles de la sombra, en el sol, asustadizos.

No ornéis las sienes de laureles de plástico,  
triste corona de pesadilla y sueño.  
Sólo venza el nombre de aceite, sal y agua,  
donde el adánico río se fija para seguir fluyendo.  
Aquello que el viento otorga,  
al viento sea devuelto.

## ¿QUIENES SON LOS MUERTOS?

*Las hienas ríen por los muertos  
de Hundhael y tú ves cómo  
se alegran los lobos.  
Ta' abbata Sarra.*

¿Quiénes son los muertos? Los que nunca existieron.  
Pruébenme que ese montón de polvo quieto tuvo la brisa  
de la palabra. Que esa cabeza que rueda, hizo añicos el mundo  
y reordenó la tierra. Que esos dislocados huesos y los estuarios  
de esparcidos dedos abrazaron, acariciaron, amaron.  
¿Dónde están los ojos y sus miradas verdes? ¿Dónde  
la víbora de la lengua que ofrecía manzanas? Me dicen  
de un corazón y su latido que acompasaba a los astros.  
Sólo el silencio, junto a los astros que dibujaron su órbita.  
¿Por qué no han de reír las hienas si todos son nonada?  
¿No se han de alegrar los lobos porque la sangre busque  
su libertad y olvide el cuerpo como un mal recuerdo?  
Que esto yacente anduvo. Preguntad al camino.

Su mudez nos responde.

Nada anda. Nadie habla. Ninguno abraza. Si véis alguien  
erguido, empinado está atalayando muerte. Muerte que cesa.  
Y en el perfecto silencio sólo las hienas ríen,  
sólo los lobos se alegran porque el reino les ha sido donado  
y la risa y la alegría son la voz de la tierra.

## EL DESFILADERO DE LA CALLE

Paso por el desfiladero de la calle.

Incesantes muros instantáneos, frente a frente,  
vocean una mujer y un hombre entre el fluir humano  
donde, nítidamente, el silencio les responde.

Clama la mujer con acento de poderoso oráculo,  
*diez bolsās para botar la basura transparente.*

Un hombre, a cada salto, pregona *Gloria de Dios*  
*en las alturas*, y a ella quiere encaramarse  
como si baldosa infernal sus pies quemara.

Sólo a diez pesos las bolsas para toda tu basura.

Sólo a diez saltos el aire de esperanza de Gloria.

Entre ambas transparencias, sigo pausadamente andando.

Me persigue, a voces, el que, a cada segundo, vuela;  
eco me sigue de mis escombros diarios tan visibles.

Paso por el desfiladero que desemboca en la basura  
con mis pies que olvidaron locura de la Gloria.

## LA LETRA ES VUESTRO ATAUD

Ay, hombres de la letra que os vestís de espíritu,  
que quereis ordenar la creación con vuestro microscopio,  
condenados a definir temporalmente lo inmenso,  
a no ver en la tiniebla el alba que se engendra  
o rechazar en el mediodía el brillo de lo oscuro  
que allí está, como en la soberbia humana,  
lo vital que os excede en vuestros ataúdes.

Agradeced que no anduvisteis cuando Cristo en la tierra.  
¡Cómo hubiérais visto a un Dios en la sangre del Huerto,  
en el clamor de abandono sobre la cruz de dolores!  
Sorprendidos del desorden de devolver la vida  
a un muerto, os hubiera bastado que tersura diera  
aparente al leproso. Sufrís aún el dispendio  
de tanta bienaventuranza, difícil para codiciosa carne,  
de tanto vuelo de paloma entre halcones de sangre,  
de tanto fuego de azor de embriagadas palomas.

El llevaba tierra inmaculada a la que, a menudo, tentaban  
con voces sutiles los hombres exactos de letra perfilada.  
Desde la creación, donde estuvo la palabra primera,  
pedía que devolvieran al cielo el divino aliento  
y la cáscara se disgregase y reluciera el sentido;  
mas, vosotros, hombres de la letra, sin resurrección ni vida  
desordenais la creación bajo el antifaz del miedo  
de ser como arcángeles y perder la tierra,  
amnésicos de nuestro origen y del mayor destino.

La letra es vuestro ataúd donde cabéis completos.

## DIOS VENDRA A SU CREACION VACIA

No me viertas a mí el peso de la vida.  
Yo no engendré tu maltrecha calle,  
no puse virutilla de smog en tus pulmones,  
no creé opaco vidrio entre hermosura y tus ojos,  
ni inmaduré vino porque no exaltaran venas,  
ni borré con pan, pocas migas en un plato vacío.

Quise poner sol en la calle de tu alma  
y aire azul sobre los días que vendrían.  
Rompí los encarrujados vidrios de la letra que esconde  
y remecí los cristales de tu caleidoscopio  
para que pudieras contar el asombro de tu alma.  
La belleza del mundo sobre nuestra angustia  
conociera la misericordia de la soledad vencida.

Y sobre tu plato abierto, como sobre el mío,  
siempre habrá migas que nos dejan las cosas  
perdidas, porque perder es la esencia de la vida.  
Si nos borran sin pan la superficie lisa,  
Dios vendrá a mirar su creación vacía  
y en esa nada dirá: Hágase otro paraíso  
con su rostro y nosotros, y un árbol de la vida.

## LA MANO LAZARILLA

## LA CIUDAD APAGADA

El día comienza después de mediodía.  
En la mañana, la luz viajó desde las estrellas  
para florecer después de mediodía.

El sol se estuvo quieto acrecentando ardores.  
Palideció la luna en su cara oscura.  
Las cordilleras se fueron empinando,  
moviéronse los valles ondulando quedamente  
para que cada río y lago alzara ojos  
mientras la tierra aplanaba los caminos,  
mientras el océano arreaba hacia las playas  
sus verdes toros con sus cuernos blancos  
y la ciudad pulfá sus esquinas  
y contaba sus manzanas por si en ella estuviera  
la azul que ofreció el paraíso  
en el octavo día. Estaba y nosotros la cogimos.

El ángel de fuego nos alumbró las noches  
por tres días después del mediodía  
y nos despidió sonriendo en el gris de la tarde.

Nos llevamos la luz que trajimos después del mediodía  
y el ardor y la manzana azul de la ternura  
y las tres noches con sus cien mil estrellas.

El mundo quedó allí eternamente atardecido.

Sobre el agua derramada de la mesa,  
agua lúcida de un mar pensativo y sin secretos,  
nacía todo el parque con su verdor ajeno,  
con su azul de cielo que no olvidaba estío,  
nacían nuestros rostros de Hamlet conmovido  
y Ofelia con nenúfares por ojos y desesperadas  
algas en las sienas. Y, sin embargo, éramos  
seres que soñábamos estar vivos. Los aires  
nos tocaban con sus dedos casi fríos. Te quería  
y ansiaba decirte la inexistencia de la muerte,  
la eternidad del amor o el amor mío.

Y entre mis palabras y sobre el agua de la mesa,  
del verdor que ocultaba sus quebrantos,  
fueron cayendo pálidas las hojas. Su amarillo  
eran soles cansados de su savia, era ceniza  
dorada de ese cielo. Y fue la mesa, duna,  
que borró rostros, voces, y ahogó miradas.  
Pero mi corazón seguía latiendo, sol de fuego.

## TU TERNURA

RAMÓN J. BOLAÑOS

Tu ternura me despierta niño  
o me aduerme niño tu ternura.  
Tu mano posee esa paz de los crepúsculos  
donde la sombra se besa con el día.

En tus dedos viene el tacto de mi madre  
y mi adolescencia en su más puro sueño.  
Me basta el vaivén de ola de tus dedos  
y en mí se mecen los mares más profundos.

Déjame el leve latido de tu sangre posado,  
no vuele el ala de esas mariposas ciegas  
que polen de jazmines traen, me lo donan  
y, por equivocadas, lo buscan en mi piel vencida.

Con sólo tus dedos y el alma que los mueve,  
la piedad me restituye la ternura  
al reino auténtico del que fui privado.  
Sea tu mano mi caricia eterna sobre sien y mejilla.

## VAMOS AL MAR

Vamos al mar, a sus leones,  
vamos cual medusas a morir en sus playas  
desgarrados nosotros por sus garras  
mientras agita redonda cabellera.

Vamos al mar, a sus delfines,  
como niños a cabalgar sus olas  
resucitados en dorados saltos  
sobre el azul trampolín tendido.

Vamos al mar a ornar nuestras cabezas  
de algas de sueño, de laureles de espumas.  
Como dioses retornaremos a la tierra,  
ciegos de infinito como dioses.

Y esto de ahora, y lo de ayer, y lo de mañana  
es para siempre.  
Todo lo que me has dado y me negaste  
es para siempre.  
En mí, esa lágrima tuya por lo ajeno  
es para siempre.  
Tu furor de vendaval no me dejará nunca:  
para abrazarme siempre  
otoños de tu voz deshojándome los oídos  
renacerán siempre;  
apretadas nieves de silencio me despojarán de boca  
con la palabra siempre;  
me clavarán los párpados con tachuelas de asombro  
para siempre;  
por que no deje de verte hacia el cielo y la tierra  
siempre, siempre,  
alejando el corazón con palomas de niebla,  
lentamente siempre;  
horadándolo con azores de azogue  
incesante siempre;  
me urdirás manos que no encuentran cuerpo  
allí en el siempre.  
Mi cuerpo que vive del abrazo no se recordará  
ni le recordarán por siempre.  
Así estoy ahora, así estuve y estaré casi  
para siempre.  
Si amor se despoja de memoria,  
olvido excede todo posible olvido,  
a su fuego vence con natural desmayo de cenizas  
hasta la linde del tiempo en que no hay ya frontera  
ni otro ser, ni su ser  
para siempre.

## DESTRUYAMOS EL MURO

Un muro por medio y dos deseos idénticos  
que no podrán ser uno. Un muro de madera  
como muralla china que construye el prejuicio  
y dos prisioneros ardientes como rosas abiertas.  
Sólo un muro pequeño que los ojos penetran  
con su mirar de sueño, y dos cuerpos tendidos  
como muertos inquietos. Muro de insomnio.  
Muro de cristalizado viento, otoño que deshoja dedos.  
Sin embargo el deseo remonta su azar como cometa  
y en algún lugar del cielo trenza sus hilos.  
Destruyamos el muro de piedra sobre sueño  
y dos primaveras sabrán dónde encontrarse.

Recuerdas cuando  
en la ría de lavandas  
las piedras sonreían;  
recuerdas cuando  
el sol te lamía  
cálidamente  
el vello  
como una lengua humana,  
cuando tu desnudez  
resolvía toda ajena disonancia,  
cuando, los ojos cerrados,  
aprimaban todos los dioses dentro,  
y cuando,  
dos alas de pájaro despierto  
en tu mirada ardían  
para hacerme dios,  
no mortal volandero.  
Entonces era el tiempo de la piedad divina,  
de la juventud apenas creada  
en los seres eternos,  
del amor que no podía cesar  
en su deseo  
de estarse tendido en transfigurada carne  
sin que el tiempo existiera,  
sin que ninguna dulce ola deshiciese  
la espuma de su cielo,  
sin que la manzana conociese caída,  
y nadie quería inventar la palabra mañana.  
Ahora en río de lavandas aromosas  
las piedras siguen sonriendo  
y la lengua humana del sol con calofrío  
besa tu finísimo vello  
y tu simple desnudez detiene el fluir de lo creado  
hasta la brisa de dos alas de pájaro despierto:  
entonces no hay entonces, soy eterno.

## ESTOY CANSADO

Estoy cansado de dormirme a solas,  
sin el sueño, sin mí, sin la oscura noche,  
mientras mi amor vaga conmigo por ajeno sueño,  
por otra noche en delgado filo de una telaraña.

Estoy cansado de vivirme a solas,  
con presencias, con voces, con sonrisas,  
mientras la esponja del corazón me mira con sus ojos  
anegados de ausencias, de silencios.

Estoy cansado de soñarme a solas,  
coronado de besos que me devoran a llagas  
toda la carne, primavera de soles  
que iluminaría a quien podría despertarme.

Estoy cansado de morirme a solas.  
Que venga, furioso, el ángel de la muerte,  
cuente mis días y se sacie de ellos.  
Así podré estar eternamente acompañado.

No puede ser que la más dorada tarde  
lleve estremecidas estrellas a tus piernas  
y galaxia seas sobre un muro pétreo.  
El resplandor niega tu forma, toda forma,  
y ya no puedo saber si estoy sobre la tierra.

No puede ser que los cisnes de las olas  
no sobrevivan en el pródigo verde acorralante  
de aceites suaves, de enternecidos óxidos  
hacia la orilla en que estás, sombra de nieves,  
y sobre ti, nada puedan mar, sol, ni mi deseo.

No puede ser que la arena goce las figuras  
y su memoria las guarde en vaciado de sueños  
y el aire se llene de ojos sobre tu lento cuerpo,  
y cree manos de brisa para acariciarlo,  
y yo sea faro ciego entre harapos de viento.

No puede ser que dos pasos te secuestren  
y velen tu figura entre oleosos soles extendidos  
y encierren, en pajarera de silencio, curvas de trino,  
y yergas, desafiándome, huecos de tu gracia  
mientras yo, taciturno, me ensimismo.

No puede ser que ninguno nos veamos  
en la plenitud de la tarde sin crepúsculo.

## EL LABIO DE NUESTROS LABIOS

Guarda tu labio tibieza de otro beso.  
Lo desconocido bebo yo en tu boca  
y creo vivir contigo la pureza.  
Aquel ardor antiguo siento en mi labio  
y a tu candor lo entrego como si fuera mío  
y tú crees estar conmigo a solas.

¡ Cómo encontrar el labio de tu labio,  
cómo darte el mío originario!  
¡ Cómo no ser el dos maravilloso  
que, en instante, viven unidad lograda  
sin que tanto fantasma se entrometa  
con sabor oculto, con rubí olvidado  
que reluce cuando nos perdemos,  
que aroma desde lejano día  
al vivir el hoy intensamente!  
Dame tu labio y encontraré el olvido,  
morderé esa memoria hasta desmenuzarla  
porque quedemos dos sobre el mundo solo.  
¿ Sientes que mi sol ilumina tus venas?  
Es la luz de tu boca que despertó mi alba.  
Los gallos cantan. Dios dijo finalmente: Sea.

Sobre dos ejes lentos  
el giro de los vientos.

Dedos entrelazados  
nudos blancos ondean  
y mira el cielo por rombos  
roturada la tierra.

Muy serio los árboles  
a la comba juegan.  
La espuma de la brisa  
con la red coquetea.  
Parihuela en el aire  
a tu cuerpo espera  
y tiene muchos ojos  
porque a ti te vea,  
ala de gracia dormida  
que los ángeles sueñan.

Sobre dos ejes lentos  
la pena de los vientos.

## VIENTO INMOVIL

Me vino viento desde un mar lejano  
y fatiga del fastidio fue enjugada.  
Viento soñador con figura de brisa,  
tiemblos de caricia, temores de llagarme,  
pausa de aire entre mis tormentas  
donde respirar mi juventud entre mis grises,  
donde trocarlos por cervatillo grácil,  
por jornal de pichones ó espumas elevadas,  
por desmandada ansia de su cuerpo translúcido,  
de su palabra muda que me habla y conmueve.

Viento de verdores, alimonado soplo de olvidantes  
dioses que te dejan en la altura impávida,  
va de retorno entre mis márgenes sonoras  
de corazón enjaulado en día de recuerdo.  
Liberado, repetido, por tu invisible presencia,  
para cualquier memoria sombría con olvido,  
desensillado de amores, embriagado de sangre  
por el aire salino, desolado, que traes,  
con celeridad me devuelvo porque tú me tengas  
y dos vendavales seamos en sola compañía.

Entre mis árboles de mares dilatados,  
enverdecido estoy, viento quieto, escuchándote.

Yo he mirado dentro de tus ojos el mundo  
y era hermoso, de un centellear dulcísimo.

Yo he mirado el mundo por tus ojos  
y tenía la juventud del paraíso.

Ahora duermo y veo, sin embargo, tus ojos  
en mis ojos y me dan un mundo con sosiego.

Ahora duermo y en el mirar del sueño he comprendido  
que el mundo con su centelleo, juventud, paraíso,  
vive en estos ojos serenos que me has dado.

Desde aquí veo el río. No es el mismo.  
No en el triste sentir heraclitiano  
ni porque hayan transcurrido en mí los días  
puliéndome las carnes a suspiros,  
ni por el volver con la misma ausencia,  
quizá diversa: apenas la recuerdo.

La misma sangre derramada, desecada,  
idénticos barrotes mutilan el paisaje,  
sólo el bulto tendido, vacío, me refleja,  
máscara sin almendra en la figura huida  
hacia aires de nada mientras el río rueda.

## GENTE RECORRE LOS LUGARES

Gente recorre los lugares que nos vieron.  
No saben que anduvimos. No sienten en el aire  
una veta de mieles, ni densidad de eternidades  
que le oprimen el pecho o les hacen lúcidos.  
Es como si no hubiéramos sido, aunque el alma  
dejamos; esa tierra va siempre en nuestros pasos.  
Quizá hasta el cielo se confunda. Para él,  
dos figuras no sean sino dos figuras y así  
nos repetimos insistente, ansiosamente, donde  
nunca ya vamos. Pero la nueva dulzura  
de los asombrados azules, pero el sentido  
que cobraron sobre el polvo los temblorosos  
árboles, los detenidos muros, colinas que no ascienden...  
¿No se queja la tierra de liviandad en peso de paloma,  
el oído silencioso un pesado zurear que no distingue?  
Lo que fue, le está negado a lo profundo olvidarlo.

A Lily Benavides

Una paloma blanca me mira desde el aire.  
En el árbol se posa para mejor mirarme.  
Hombre que mira al cielo la conduce al asombro  
y luego con rencor me mira, porque le estoy hurtando  
con mi solo mirar, soledad de su reino.

## SE VA TODO

Se va yendo todo  
sin ausencia.

El laúd de tu voz  
y su disuena  
y su cuerda amarga  
se va yendo ciega  
sin ausencia.

Mi mano no recibe ahora  
tu visita  
y sus cinco dedos tristes  
van uniendo su nudo  
sin ausencia.

Mi faz, ya máscara de luz  
herida por tu sombra,  
se va en crepúsculo  
sin ausencia;  
mi faz, ya máscara de sombra  
roída por tu luz,  
se va leprosa  
sin ausencia.

Los dos labios sienten  
su espectro de marfil  
y llaman al beso hasta el borde  
sin ausencia.

La soledad abraza tu figura  
y la va corroyendo  
sin ausencia.

¡ Ay, se fue todo  
sin ausencia!

Nunca la espuma tuvo gozo más puro. No nacía  
de la furia del mar ni laxitud de la ola.  
Como en nácar de valva, abanico de aire  
escondiendo y asomando la armonía de un cuerpo,  
morosamente con la picardía de sensual sonrisa.  
Las verdes aguas levantaban multitud de ojos  
asombrados que, a las arenas, querían contar el misterio.  
Sentía el verdor una sangre ardiente encadenada,  
soles de sombra que dormían y se desvelaban  
y se evadían en el reflejo de rocíos efímeros.  
Piragua capturada en grito de victoria y desaliento,  
nenúfar de ternura yaciendo, víspera y nacer al unísono,  
torso de cobriza luna, brazo de adiós de emigrantes dedos,  
así era tu cuerpo de momentos, donación, regateo.  
Y la espuma gozosa, un tatuaje en mis ojos,  
y las acariciadoras aguas, antifaz de silencio,  
hasta que emergiste con cuchillo de soles  
muertas las espumas; yo, en umbral de sederías, muerto.

## COMO SE, TIEMBLO

Pasan parejas de enamorados.  
El fuego les enlaza.  
El sol insiste en delimitar  
sus imprecisos cuerpos.  
Entre tornadiza frontera carnal,  
dedos de aire azul  
hurgan el hueco  
donde aovar pueda el tiempo,  
donde extender, imperceptible,  
sus heridas de frío,  
hasta que el óxido de las noches,  
de herrumbres se asuste lentamente.

Pasan parejas de enamorados.  
Su juventud niega  
el trabajo secreto del tiempo  
que la espera.  
Enlazados, pasan, sonriendo.  
Bebo su sonrisa como ese vino  
que embriaga y entristece.  
Siento el latir armonioso de sus venas.  
Me replica mi sangre  
arrastrando, vivamente, su aliento,  
que aquello no es dulzura.

Sus ojos han ido,  
lentamente,  
embebiéndose.  
¿Quién mira por quién?  
Sólo yo, por los míos, transeúntes,  
esas olas de fulgor incesante.  
Cual si estuviese quieto,

en soledad por soledades ando.  
Cierran los amantes sus ojos  
deslumbrados.  
Como sé la noche,  
tiemblo.

Por las noches, un jinete oscuro  
se despierta de ardor en Carolina.  
Busca su caballo cuando la luna llama  
sobre praderas de otoño en Carolina.  
Lo exaltan las colinas con sus ondas suaves  
y el desfiladero de secreto paso  
donde pueden temblar todas las raíces  
si él galopa su ardor en Carolina.  
Gimen margaritas deshojadas, estrellas del musgo,  
corcel cadencioso con su radiante espuma  
cuando se apea el jinete ensombrecido  
y lo ardiente se duerme en Carolina.

Tú me miras con profunda tristeza  
y cuando recoges mis ojos en la mirada tuya  
me vas lentamente sonriendo  
y tu garganta tiembla como la de una paloma.

Y cuando sabes que soy tu prisionero,  
me hablas suavemente y me dices tus penas  
para que mis lágrimas te devuelvan a tu ser angélico,  
porque no ignoras que soy corazón derrotado  
y sólo puedo darte mis ojos, mis oídos,  
como si los dos nos viéramos a través de la muerte.

Tu palabra convoca a mi amor cada mañana,  
tu voz final me despide en el último minuto de la noche,  
y cada vez que, pobre, necesito en mis vaivenes  
que mis ojos se hundan sin miradas,  
desde tu cielo bajas con tu desolada tristeza  
que entrar sabe por mis laberintos  
y con verdes dedos toca mi ternura sola  
y, después de un instante, ya te tengo en mi sangre  
y al mundo salgo mirando por tus ojos.

Si alguien me ve con temblor en la garganta,  
con primavera que intuye los otoños,  
conoce al ángel que tengo muy guardado,  
el que me presta sus alas y ternura,  
pensará fugitivo, más hermoso de bienes,  
nana para mi sueño, eraje dorado para el gozo  
que no será golondrina, ni velero, ni tiempo,  
sino canción y miel para mis eternidades solas.

## CADA AMOR ES EL ULTIMO

Cada amor es el último. Nadie lo ignora.  
Nuestro ser muere en él. ¿Quién enardecerá  
la vida nuevamente? El desconyuntado cuerpo  
aún mordido por hambrientas sogas que la sangre  
buscaron en el extendido potro de tormento,  
arlequín de huesos y de carne, cómo soldará  
su dilatada estatura en medida humana,  
cómo acallará su amoratada angustia en piel  
de jazmines, cómo arrullará para que se duerman  
los gritos de sangre en labios de tanta herida,  
cómo la colmada mano abrirá su caudal de estuario,  
cómo los desmoronados ojos, cabezal del espanto,  
recobrarán su fuente de luces que lo creado iluminan,  
cómo el corazón desazonado, excedido, puño de latidos,  
río desellado, se moderará en fronteras,  
cómo el aire retirará sus dagas excitadas  
sin que sus filos no rayen de estrías los pulmones,  
cómo la memoria desobedecerá al descortés recuerdo,  
cómo los pies suspendidos en el llagado espacio  
sabrán que la tierra besaré, sostendrá sus plantas  
comunicándole el poder secreto de la tierra.  
Nadie espera su resurrección, pero, lentamente,  
sucede. El olvido aloja caricias de muy suaves lenguas.  
Pero, ¿quién muere en el amor? ¿Sólo el amante?  
El que mira morir, también se muere. La agonía  
entre un dios que ansía su bien eterno compartido  
y un ser casi divino que no se atreve a darse,  
sujeto entre maromas de tiempo, quizá invisibles,  
es un misterio. Se desangra de eternidad, quien desama  
lleva secreta herida que verá en cualquier gesto;  
palabras de angustia escondidas en el laberinto del oído,  
y en la noche escucha sollozos desde el sueño  
en cuyo aire oscuro pulen picos de cuervos;

a su mirada la acompaña un lazarillo de ausencia,  
en su mano faltará para siempre cierta caricia,  
y por sobrar a su corazón un latido de silencio  
rechaza la tierra sus pies sin comunicarles secreto.  
El tiempo es un río que no lleva desechos.  
Morir a su vera es agonizar entre espejos.  
El espejo no tiene memoria, no conoce olvido.  
No hay transfiguración para quien mutila el ciclo  
y, por no morir en el amor, no existe bajo el cielo.

## TRADUCCION LITERAL Y SIN TEMORES

Estamos frente a frente y ciertamente desolados.  
Tú hablas en etrusco y yo en claro sánscrito.  
Cierto. Tenemos distinto corte de los ojos, pero miran.  
Manos derramadas sobre el imán del cuerpo.  
Oídos no adiestrados en traducir las elocuentes palabras,  
mientras se distienden los labios en sonrisas doradas.  
Al auscultar cada pecho, idéntico corazón sentiríamos  
con su tam-tam de guerra convocando a la vida  
y el tobogán asombroso de la sangre en las venas.  
Humanos somos y sabemos sólo lenguaje muy extraño.  
Pero mis ojos contemplan en éxtasis a tus ojos  
y mi verdor es primavera en ala de estornino  
y tus ojos nadan en mis aguas con coqueta intriga  
y vuelan a un rincón en busca de sosiego.  
Mas me hablas en etrusco y te respondo en sánscrito  
existiendo un lenguaje simple que se llama amor.

## ENTRE MI CORAZON

Bajo mis pies  
gime la madera recordando el bosque.

Desde mis manos  
sigo palpando soles de memoria.

Entre mis piernas  
reencuentran paraísos cuerpos sollozando.

Por mis brazos,  
la geometría de un ardor que recuerda.

Sobre mis sienes,  
un cementerio vivo de difuntos.

Bajo mi frente,  
todo el horizonte y lo que en él esconde.

Entre mi corazón  
y el tuyo, nuestro corazón incesante  
se nutre de agonías y de sueños  
en nudo incortable de víboras y de ángeles.

En tus ojos, lección he tomado.  
Tutili, el Ciego de Tudela.

En tus ojos, lección he tomado.  
Deduce inocencia la mentira del mundo,  
menos esa mota azul que en tus ojos ríe  
y la verdad insinúa cuan violada.

En tus ojos, lección he tomado.  
Las palabras escogen un destino  
disfrazadas de la ternura de tu boca,  
pero tu mirar traduce el real lenguaje.

En tus ojos, lección he tomado.  
Tus manos son un río sonriente  
sobre los grises dedos de las mías,  
pero en tus ojos otras manos contemplo.

En tus ojos, lección he tomado.  
Ves, de pronto, en tu naufragio, mis ojos  
y sueñas el verdor de mis profundas aguas  
y sé, en tus ojos, que me has perdido.

En tus ojos he aprendido lecciones.

Me pides la alegría y tú la eres.  
Quieres la paz y ella de ti emana.  
Juventud a mis años la deseas  
y tú me la concedes. El mundo ansías  
y de este mundo soy tangencialmente.  
Quisieras tener mis ojos y su mar  
con su apariencia de olas y su corazón profundo.  
Puedo donarte mis ojos y quedarme ciego,  
siempre que me des tu mano lazarilla.

## LOS ESPEJOS HAN MUERTO

El agua suspiró largamente sobre el cuerpo tuyo,  
y por la unidad perfecta en vital armonía  
empavonó de lágrimas de celo y gozo los espejos.  
No los espejos de allí, los de toda la casa.  
Los de la manzana entera que amanecieron sin rostro,  
los de la ciudad, que se tornaron ventanas  
que a parte alguna daban, sonriendo.

Sucedió porque el agua, después de su prisión de cobre,  
encontró la plenitud de tus formas y sabores;  
fue cascada que mantuvo la pluralidad de gota y gota  
sostenida en el aire con un denso sosiego;  
las recién asomantes besaban tus cabellos,  
se oían en tus oídos, se deslizaban en el tobogán de labios  
y lucero en el mentón eran como un menor diamante.

Al cerrar tus ojos olvidaban, no querían su vuelo.  
Las que a tu pecho arribaban se sentían confusas,  
pues Dios había duplicado la creación en lunas,  
y junto a ellas una galaxia se movía en dos alas.  
El jabón jugaba a mar con sus intrusas espumas  
y en pequeña hondonada, en delicada seda de latidos,  
una perla huyente, se quebraba en lágrimas.

Las gotas felices conocieron los bordes del secreto,  
rotularon, sabias por seducirte, los muslos  
hechizándolos en un largo susurro de gemidos;  
por no perder belleza, tus diez dedos postreros  
sostén de gracilidad, contaron, uno a uno,  
arremolinando, embriagadas, jazmines sucesivos.

El agua, cantarina en tránsito incesante,  
envidiaba al hielo, ávido desde el muro,

que enmudeció en azules, en marfil asombrado,  
y porque no te gozaran, el azogue devoró los espejos;  
reinó tu presencia sola en el sostenido llanto  
entre azulejos llorosos y un jabón desmayado.

En vestimenta andas por la calle, olvidando ese argos  
que, desde el cielo, mira el hueco que dejaste  
y que el aire dibuja con levísimo trazo,  
mientras el agua añora en su prisión, tu cuerpo,  
y una concha vacía se ensueña entre reflejos.

Desnuda en el silencio, una caricia tuya  
de pronto, es el universo, todas las palabras.

Yacías, bulto de aire, innominado, efímero,  
 en quizá qué subterráneo de mi olvido.  
 Mi tránsito era sereno en baldía playa;  
 sobre mis brazos pesaba una vía láctea de jazmines oscuros  
 y sin temblor de estrella o lágrima se deslizaban  
 porque mi paso solitario no se notara en el mundo.

Alguien tuvo que invocarte. Detenerme.  
 El nombre guarda propiedad maldita de erigir  
 sobre la nada un cuerpo, una sonrisa,  
 cual si fueran reales. Dejé caer mis brazos.  
 El silencio se deshizo de otoños volanderos,  
 entre antiguas tormentas se perdió el sosiego.  
 Sin saberlo, yo llevaba de aromas y tinieblas  
 tu alma olvidadiza entre brazos despiertos  
 y aquella espuma oscura me anegó los pasos  
 y un viento de violetas me encegució el olvido.

Sentado en mi silla de silencio  
mi soledad pastoreaba.

Tenía un prado eternamente verde  
y un cielo de nieve que se estaba pensando.

A mirarme se allegaban sonrientes gracias  
y palabras tan hermosas como tiempo y ceniza,  
(tras su quietud encendidamente inmóvil,  
tras su cálida mano blanca de caricia,  
en disfraz traducían en eterno, ardores.)

El sueño me quería dibujar en hollín, enigmas;  
distrayéndome, me señalaba estrellas en el agua,  
la vigilia. Y el silencio de pluma me era amable,  
y la soledad me decía su nombre: paraíso.

Ni siquiera lo supe. Quizá un dormir profundo.

Una invisible línea en el costado. Un espacio  
de desvanecido hueso, nota que no ha de estar  
sino en la armonía primera irrecobable  
con que me crearon. Y te vi mirándome  
con ojos de silencio que silencio no eran.

Supe que te llamabas Eva.

Alguna tenía el poder  
y lo ha olvidado  
en el desván de una pena rechazada.

Rodeado de estas sombras, no podéis tocarme.  
Celosas como erinias, cifrada guardan  
sangre de cada herida que, por amor, me hicieron  
con sus besos de desesperados dientes,  
como si cada fragmento de mí le fuera labio,  
su abrazo, corro de aquelarre, donde  
se bebiera vino de fuego de las venas.

Sería mi cuerpo llaga si lo desencantaran  
las herederas de mi sangre; ellas,  
cuando alguien se aproxima, amenazan  
con una tarde de lluvia rediviva,  
y un sol de roca ardiendo entre la lluvia,  
untarme de sal los reseco ojos  
y darme sed de mirar lo que me está vedado.

No te acerques. Despertarían las furias  
de los amores muertos, señorío del alma,  
deudo vasallo de mi cuerpo todo  
rebelde a su dueño y poderoso.  
No saben las sombras que hay un breve  
espacio, libre de su antiguo beneficio.  
Sobre el corazón está y cabe un labio.  
Me miras con tu sombra. Tengo miedo.

A Miguel Arteche

Tras unas letras escritas hay, a veces, dos manos:  
la que toma la pluma que le quema el alma  
y la que movió la mano que tomó la pluma.

Tras unas letras escritas hay, a veces, otras manos:  
la que escribe cenizas de otro fuego encendido  
y la que amó, más allá del ajeno fuego, esas cenizas.

Tras unas letras escritas, hay, quizá, nudo de manos.  
Una que escribe lo de hoy, y esa otra mano  
que evoca la del gesto que le impulsó a expresarlo,  
el amor de un amor de otro amor, perdidos y ganados  
ardores en cenizas que olvidaron cenizas,  
en desmemoria del sueño, residuo de vida en soledades,  
y lo que veis diamante es aire de pulidas aristas,  
yertas luces que un rayo en volandas resucita  
mientras escribe, solitaria mano, esa historia  
de un corazón estrujado en un lugar de letras  
por innumerable oleaje de desesperadas manos,  
que quieren en otros ojos ser palabras amadas,  
aunque sean letras escritas entre tres dedos  
y abarquen un hombre que se ha quedado a solas.

## YO OS AMO

Yo os amo, seres que no me amáis,  
que no podéis amarme,  
que no encontraréis gracia de donde asiros  
para detener vuestra ansia ni un momento solo,  
que acaso quisiérais,  
pero vuestra mano se equivoca en nube,  
pero vuestros ojos se deslizan en pájaros.

Soy tan pobre: equivocada gota en raudal de cielo  
le dan piedra en que rebotar, no labio.  
Soy tan inmóvil como todos los corazones juntos  
que pensaron al unísono y dieron un latido:  
sólo el ancho oído eterno pudo oírlo,  
jamás el rostro humano perdido entre los aires.

Soy tan inexistente que un alacrán de lacre odioso  
muerde donde no debía estar, y callo  
por ese amor de guantelete erizado  
que me retorna vida. Es triste la pobreza,  
la inmovilidad sin ojos, ser apenas nada.  
¿Qué hago con mi amor con guante si gozáis estío,  
qué, con un latir de verde sangre que ha de huiros  
lagartija, porque teméis hasta las hojas  
que son todas red y ojos asombrados?

Ojos, permanente acueducto por el que se escurre  
agua de sol que alza en lo ajeno su dorado trigo,  
hilos para herirse en los transitorios sueños,  
fugazmente fijos como arañas que miran.  
Hechizado, yo os amo, seres que no me amáis,  
que no podéis amarme.

Os sé eternos, aunque quisiera negarlo mi mirada  
pues, con misterio, en ella os vais desmoronando.  
Os amo, os amo, quizá,  
quizá, quizá,  
porque más rico soy que la pobreza vuestra.

## CASA DE PIEL

## ESTA CASA DE PIEL

Esta casa de piel, inhabitable,  
poblada de tiempo y de fantasmas,  
tiene ventanas de fatigado vidrio  
donde el mundo se refleja vivo.

Esta casa de piel, infatigable  
prisión de pasiones y suspiros,  
tiene un hogar al que la sangre enciende  
y ceniza, agobio de castores contra río.

Esta casa de piel, tan implacable  
en su indigencia, tiene luz cautiva  
que despoja de máscaras la apariencia  
y de lo efímero se hierde en las espinas.

Esta casa de piel, quizá impensable  
como mesón de primavera y sueño,  
ayer lo fue con clarísima alegría  
y hoy debe fuerte canon a la muerte.

Esta casa de piel no fabulable,  
sostenida en cristales malheridos,  
con su almuédano de memorias en lo alto  
vocea en vocación de fábulas, perdida.

Esta casa de piel, tan rescatable.

Dicen que no ven al niño que ya ha muerto.

Yo lo desvestí de todas sus escorias,  
lo desultrajé de la viscosidad ajena  
que el día deja como los largos mares  
en la piel doncella de las naves ágiles.

Yo le soleé monótonos grillos y canarios  
que han de dormirse porque su voz se oiga,  
le enaltecí todos sus desasosiegos  
y así la nieve invisible no lo embosque  
con su leche de luna desnatada  
y pueda vivir él, sus júbilos patéticos;  
le despojé de bagatelas turbulentas  
que los mestureros deslizaron como azogue  
en el laberinto curioso de su oído,  
y puse duendes de excitados miedos  
que hasta el amanecer narran sus fábulas;  
cubrí de púrpura todos los espejos  
porque no reine la injusticia del cóncavo y el convexo,  
y sólo lo imaginario goce privilegios.

Yo le soñé amores generosos, prados de ternura,  
andenes de llegada sin partida, fiel sin peso alguno,  
y ningún presagio ceniciento. Desenvainé su vuelo  
al que azores hacen cortejo sin lograr su aliento.

Le descubrí el corazón, fragante rosa,  
y el aire de la noche se anuncia por su aroma.  
Pero no pude desgajarle su azagaya de duelo,  
el pueblo de soledad que es su desnudo.  
Por eso decís que el niño solo ha muerto:  
que se durmió en aljibe de caserón vacío y seco.

Yo puedo atestiguar que vuestro presentimiento

es vana mordedura. Cada tarde, cuando cierro  
con dos llaves, esta casa, por dentro, me desvisto,  
me desultrajo, me soleo, me despojo, me enaltezco.  
Una multitud de soledades ya no contemplo.  
Un niño me nace en el costado y me dice su sueño.

## AQUEL TRINEO DE INFANCIA

Desde mi infancia sigue deslizándose un trineo.  
Una piedra lanzó al aire su carga, sin volcarlo,  
ramo de sangre por la tersa mañana deslumbrada.  
Trineo sobre el vidrio secreto de la escarcha,  
sigo buscándome en la nieve, perezosamente lenta,  
su caballo rojo de hierro y viento cabalgando  
hacia el mar que se rompe y se recobra  
mientras sus manos albas aplauden, amenazan  
y son relumbre de frágiles estrellas que se apagan.  
Sin poder encontrarme no tendré nunca olvido.  
Sobre invisibles curvas aceradas, me ve alguien,  
en duermevela, tendido, persiguiendo mi infancia  
que me huye por llevarse mi bulto de fantasma.  
Me urge ser pájaro niño en ardiente sangre y oleada  
para deslizarme por el aire de cristal hasta la muerte,  
y no ser el corazón invisible de un eterno invierno.

A María Elena Claro

¿Quién, en la noche, toca esa música solemne,  
quién anda con mis pasos mientras estoy dormido?

Desde la huyente noche viene esa armonía que no oigo,  
en su interior caminan las sonoras pisadas  
de los pies inmóviles en su ataúd de espumas.  
Quien oyó su presencia, me dice, conturbada,  
que me nutre el cielo con pechos invisibles  
para que el día con su poder no me destruya.  
Caminos que me quedan, nocturnamente gasto,  
limándome estatura por caber en cenizas.  
El alba me sorprende en juventud y fatiga.

Nada sé de aquellos que me están queriendo  
ni de generosidad de tan prudentes dioses  
que mi sueño disciplinan con ajena música  
y me encaminan a lo invisible de visita.  
Mientras, lo ignoro todo y soy mi propio enigma.  
Los demás viven en lo oscuro con oídos reales.

¡Qué gozo vivir en mi patria adelantadamente  
cuando me fingen extranjería en mi vida de día!

A Carlos Morand

Yo no existo.  
 Existiendo estoy  
 mientras escribo,  
 opongo a la máscara  
 que me habéis tendido,  
 mi anhelo de unidad,  
 de ser yo mismo,  
 como Dios me ve  
 al unísono  
 con las miserias más  
 y mis ansias  
 en lucha que me irrita,  
 exacerbada,  
 permanente  
 ortiga  
 porque la esperanza  
 de un llegar a ser,  
 no se me aduerma  
 y duela la imagen  
 en el espejo  
 desazogado de lo humano.  
 Quisiera devolver  
 en gracia y recato  
 esta luz que se desliza  
 por demasiados años  
 en cada dedo de la mano,  
 que asoma irónicamente  
 entre los labios  
 porque los demonios recuerden

con sollozos  
que ángeles fueron.

Pero, qué puede hacer  
un hombre solo  
contra el poder del mundo.  
Reconoce  
no habérsele siquiera concedido  
la piedra del patriarca,  
hogar de sueños bajo el cielo,  
benedicida

por la fogosa escala  
de luz gozosamente transeúnte.

Reconoce  
ser expulsado constantemente  
de lo ajeno,  
eso propio y adueñado  
por los poseedores de la tierra.  
He de encontrar el llanto  
de la roca,  
el guijarro suficiente  
para tener dura almohada.  
Sé que pueden lapidarme  
con los fragmentos de las montañas  
que de vergüenza se rompen,  
y porque la vergüenza no les pertenece,  
quieren arrojarla con las piedras tristes,  
que en ellas busca contra su testigo  
mayor alma.

Ando aún en demanda del sueño  
porque la luz me pesa  
al colmarle la fe de ojos insaciables,  
y mi mano se deja caer hacia la tierra  
pues si la yergo, por tenderla,  
les hiere con su tenso rayo.

Por eso no existo,  
sigo escribiendo,  
nonada que recuerda  
la creación del mundo  
y no se encuentra,  
Sabe que la piedra era fuego  
no máscara de forma,  
ardiente  
con los otros fuegos  
nunca renunciados  
en ceniza poderosa  
sin memoria de origen  
y que sólo en su almohada  
puede encontrarse el sueño  
donde reside el nombre  
que pueden otorgarnos,  
por que no nos desmemorien  
ni seamos fragmentos  
de ese total olvido  
en que nos lapidan  
cuando escribimos,  
cuando no escribimos.

## SOLO UN MONTON DE COSAS

Yo soy para vosotros, sólo un montón de cosas.  
En su hermosura, en su hacinamiento, invisible  
me hacéis. Y ellas son todo y reciben reverencia.  
Pero las veo como fulgor de mi alegría o mi pena.  
Palabras que se escarcharon en cristales azules  
hacia muchos establos con bueyes y asnos dentro  
y una paja tibia donde han robado al niño.

En la vitrina, un libro a quien el ratón gris del polvo  
o el leopardo del mediodía trituraban sus letras  
me llamó con el ojo abierto, avizor, de todo salvavidas,  
al saber que también yo era náufrago en su trance de muerte.  
Cosas en que se me dio el minuto del goce, mutilando los otros,  
cosas que tapiaron un hueco donde se escurría la pena,  
y con su perfección me viven y me van definiendo.  
Los queréis a ellos y soy yo vuestro estorbo.  
Mi muerte será carnaval de fuegos de artificio.  
Dejaréis malolientes maderos chamuscados, junto a cuerpo  
que aún no es ceniza. Y olvidaréis el don por la codicia.  
Y en la piel de los objetos que os ornarán no veréis mis ojos  
que os mirarán distantes y fríos, como si fueran vuestros.

## LLEGARA EL DIA

A Rosa Cruchaga de Walker

El día llegará  
en que mis fragmentos serán unidos.  
Alguien tendrá la piedad  
de abajar sus ojos a despedazado río.  
Quizá dirá cuánta casa de aire alzó  
con su prisa de pájaro cautivo;  
sujeto a tanto viento y primavera  
no pudo reunir ramas para hacerse un nido.  
Pretendió detener el tiempo  
con palabras en red abrumada de ojos vivos.  
Enseñó cuanto le dictaron  
desde muchos libros que le hicieron guiños,  
pero la letra se le disolvía en sangre  
que aliaba primavera de luces y prudente vino.  
Pródigo fue como si poseyera  
para todos el oro que no cesa en su anillo  
que los demás ven como desnuda mano;  
como si contara para el yantar de todos un cebado novillo  
y los otros contemplan sólo un eral de brisa.  
Apenas es perfil volandero, al tornarse destino,  
ropón raído, fatigados miembros,  
corazón de sangre en un cuerpo vencido.  
El día trae ya la espina que descose,  
el cansancio de sombra que libera al cautivo.  
Vagan, sueltos, en el rompecabezas,  
trozos que historia insinúan y colorean signo.  
El día está llegando  
y un imán poderoso convoca a lo distinto.

Todas las gotas se reconocen río  
y el río es un rumor de amor y de gemido.

No quiero vivir en el despojo, en el desconcierto,  
ni en escorial de suspiros mintiéndome pudrideros,  
ni en pajareras sin plumas y sin aliento vivo,  
extenuado de esperar éxtasis que no cese.

Encaramado sobre viga del más pródigo granero,  
tengo hambre del tumulto dorado y quieto,  
lo veo ondular, polígamo, con la brisa cualquiera  
y mirar con despreciativo ocio mi vertiginoso viento.

El estupor de que cada helecho, lagartija se torne,  
de que los pámpanos conciban su azúcar sólo en luces  
y la hoguera viva en ramas traspasadas de soles,  
y nos deje en tinieblas el sol por arder hacia dentro,

el asombro de vivir en un mundo de hipócrita nieve  
enmascarada en aceites dulces y andaduras lánguidas  
y me haga equivocar tanto en sus fuegos fatuos  
que ofrece por llamas a mi corazón quemado,

el adivinar la fuga cuando nada se desliza,  
desabrigadas delicadezas ofrecer a erizados hastíos,  
oírles pudorosa plegaria por pecado altanero,  
y sentir la algarada de mocedad que retorna.

es muy justa injusticia para mi enduendada vida,  
paloma que nieva sus plumas en ilusorio etíope de fuego,  
que, desfogado, acrecienta el lado oscuro de la luna,  
quemando tanta pólvora en juegos de artificio.

## A Sergio Gaytán

Para bañarme me he quitado la carne  
cuidadosamente, sin despojarla de uñas  
ni de cejas. Sobre las cuencas  
hube de dejar los ojos para no perderme.  
Dudé sobre los párpados.  
Para qué querrían cortinas  
los desnudos huesos si he de perder pudores  
de íntimas desnudeces.  
Los espejos, entre el vaho, eran confusas  
radiografías de osamentas agradecidas  
de ese sol de las aguas.

Temí que se deslizara el aceite de las articulaciones,  
mas cada gota besaba al endurecido óleo,  
ternura deshacía las calcáreas edades,  
y manaba un rocío de olivo desperezando rótulas,  
tobillos, hombros, muñecas y brazos que crecían  
de pronto. Cuando el esqueleto su aurora boreal tuvo,  
cuando los chirridos de los duendes huyeron en un río,  
erguido de juventud recogí el corazón que, rana,  
iba saltando de lotos de latidos a piedra de latido,  
la esponja de los pulmones colmada de aires purísimos,  
la codiciosa bilis que olvidó resquemores;  
los túneles secretos de venas descansadas;  
los riñones, orejas interiores que oyen los asedios,  
se quitaron el rumor de piedrecillas olvidando su río;  
el laberinto estaba libre de acumuladas gulas  
y el seso avivó escondrijos muy lejanos.

Era el hombre viejo que mocedad soñaba

tocando el arpa de los nervios tensos  
que segregaban óxido musgoso de recuerdos.  
Huesos de juventud para la muerte tengo.  
Nadie los ve lustrales, de una dureza elástica.  
Sólo contempla lo que no puede bañarse  
en hondura total, carne y sentido.  
Los ojos conocen, con saber de párpado,  
que todo es apariencia en vencimiento.  
Otra mirada ha visto mi cuerpo resurrecto  
y su esqueleto combatiente erguido.  
La muerte revelará solamente lo que ha sido mi baño.

## BAJAR, SUBIR, ESCALERAS

A Juan Antonio Massone

He bajado las escaleras, ceremoniosamente,  
para ir a recibir a la nada que me espera.  
La invité a sentarse en el sillón vacío  
y, luego de esperar, cortés, a que lo haya hecho,  
me he apoltronado, no sin erguir la espalda,  
porque la nada ama gestos perfectos sin sentido.

Me ha señalado una mota de polvo mariposa  
y nos hemos reído de su solar importancia.  
Me invitó al cinematógrafo del crepúsculo  
que, en matices de sombra, cambia el mundo:  
asistimos a un cristal que se tornaba lago  
mientras el sofá se tendía cansado como un niño  
y bordaba grises de nubes flores soñadoras;  
en el aire aún no se ponía ese planeta de cobre,  
pero la tarde muriéndose en él jugaba a los menguantes.

Cuando la tiniebla acentuó la palabra fin,  
de que no me molestara señal me hizo la nada.  
Yo me alcé en muestra de gratitud y respeto.  
Gimieron mis articulaciones, sin querer apenarla,  
por lamento de perder esa quietud moribunda.  
Después, subí las escaleras con lentitud de rito  
para encontrarme conmigo en mi habitación a solas,  
y, como cebolla, me fui despojando, tela a tela,  
hasta quedar solas mis lágrimas en el aire.

A Ramón García Castro

Puede anochecer a cualquier hora.  
Invadir una yedra un salón de luces.  
El mensajero traer la sombra a sus espaldas.  
A mediodía ceñirnos los ojos carbones que no arden.  
Entrar hasta el corazón una palabra y crear el ocaso  
y la sangre ser ébano funesto. Puede anochecer  
a cualquier hora.

Amanecer puede en el lamento más dramático.  
En una paloma diáfana, cegadora, entre pluma y pluma,  
la desnudez de una lágrima y evocar la candela  
de la pajarería, manantial donde nace el alba.  
El mensajero traer sobre la palma de la mano una sonrisa  
y en los ojos, júbilo de verdor y vendaval de centellas.  
La palabra, con su único tono exacto, nacer del corazón  
o sumergirse en él y desanclar un río orgulloso de armonía.  
Sí. Puede amanecer, súbitamente, a cualquier hora.

Podemos nacer o morir en cualquier segundo  
para hacer o deshacer, relampagueando, el mundo.

Todo lo tengo que perder. Se me quitó fortuna.  
Nunca vi en la escarcha un agraciado rostro.  
No me precedió simpatía limpiando corazones.  
Pedernal, pacientemente, buscó roca durísima  
para alguna chispa alucinada y una gota de arena  
se creyó luciérnaga, y ese fue el talento concedido.  
Puedo contar un segundo por duración de beso  
y un minuto por la longitud del amor intenso.  
La vigilia se me dio como roca de Sísifo  
y el sueño fue andarín sobre un hilo tendido.  
Soy un puente que siente horror de las aguas  
y que, con aterrados ojos, las mira corroerlo,  
un puente quieto para que los demás lo anden,  
sentir su peso de codicia, miedo en busca de destino,  
mientras mi estar en olvido es natural servidumbre.

Todo lo tengo que perder, pues el tiempo no cesa  
y soy el tiempo que debe transcurrirse y recoge  
corazones de súbito detenidos y se hiere en la inconsciencia  
donde muere, fragmentariamente, el día de los otros,  
ser que es existencia prestada mientras lo están pensando.  
Semejaría que Dios se ha aburrido de mi nada  
y la nada, sin embargo, podría hacerse pedazos.  
En soledad, entrebusco fragmentos desgarrados  
y el del corazón tiene un vacío por donde miro el mundo.

## EN ESTA EDAD DE YERROS

A Juan Barriga Bravo

Yo nací para vivir otra existencia,  
siglos de óleo y desnudez, donde el ser era humano,  
donde oír un verso iluminaba el día,  
el diálogo iba en busca de las exactitudes  
y no había crepúsculo en las palabras vivas.  
Se transcurría desdoblado de dobleces,  
el amor era pan cotidiano de muy suave harina  
y jugaba con cáscaras doradas por eso del misterio.

Si el amor era pájaro con su ansia de vuelo,  
dejaba en las manos leve pluma de melancolía.  
La amistad era un río que al recoger un rostro  
con él se iba, cantándole las sienes y los ojos  
y fijaba en desvelos de profundas espumas  
su perfil eterno. No se sucedía el tiempo  
y al caminar nos acompañaba un árbol  
con corona de sol en los inviernos y de sombra  
en los estíos. Siempre nacía una mano ajena  
para sostener la frente si estábamos pensativos.  
Cuna de sueños recién originados, nuestro diario morir  
donde el ángel velaba porque tiniebla no hubiera  
y despertaba a los relojes de sol cada alborada.

El rumor del aire se posaba leve sobre el cuerpo nuestro  
cual si fuésemos polen, y algún sonido amante  
se acurrucaba entre los dedos del pie, e iba,  
intemporal, con nuestro andar de tiempo. Nuestros ojos,  
arcoiris, con rocío de cielo unían a la tierra.  
Hurtábamos mieles de la greda y se pagaban en talentos

o en pentecostés de fuego. Había muchos ángeles  
por llevarnos en vuelo y aquel otro, solo, anidaba,  
en los ojos ajenos, nuestra faz en sosiego.

Cuando el lenguaje no es sentido de hombre, prisionero  
nos sabemos en edad de yerros y viene consolándonos,  
desde lo hondo viviente, este primer recuerdo.

## DIEZ AÑOS DESPUES

(En el aniversario de la muerte  
de mi padre)

Estaban allí todos los ausentes.

En la catedral de tus bodas, del óleo de tus hijos,  
algunos vieron rebaños de apretujadas soledades,  
de acurrucados grises contra el sol de la tarde  
andador de las calles, juguetero en los techos.

Los cirios alzaban temblorosos ojos y lloraban.

Los demás contemplábamos el altar desierto.

Estaban mi padre, mi madre y José, mi hermano,  
a mi lado, muy serenos. La mirada del corazón podía verlos.

Tras el grupo, desperdigados, los pocos fieles del recuerdo.

Toda la ciudad volcada hacia las calles

diez años antes, ya ha muerto. Cada autoridad transitoria  
se está mirando en su espejo. La lengua de las campanas  
es gota perpleja, paralítica. En los cuarteles se ruborizan

los carros de los bomberos y las pálidas ambulancias  
enmudecen gemidos. Apagan su verde los campos deportivos.

Pero allí, todos los ausentes,

los que juntaron huesos y cenizas y recuerdos,  
por amistad, padre, aquellos que su enfermedad

llevaste con otros tres cireneos,

sobre las cruces rojas de tus hombros

por las calles de piedra, por entre el viento oscuro

al Hospital de la Caridad que entonces era;

padre, aquellos que en la escarcha te vieron

bajo la luz de hielo de las estrellas puras,

oponer el fuego de tu alma a codicia del fuego

que desmenuzar quería años de juventud

en cada erguido madero de desprevenido hogar  
que construyeron tijeras de acero, rizados vellones, balidos,  
y alambradas de púas de distancia y silencio  
que clavaban por meses el corazón desgarrado;  
padre-Moisés, sobre el desierto de los hambrientos días  
de sequedad, olvidos, problemas, desaciertos,  
dejando caer el inagotable maná de tu alegría  
y si era necesario, en la plaza, la voz que clama  
sin importarle los oídos necios.

Estaban allí todos los que escucharon tu fe y tu esperanza,  
los que sobre su necesidad sintieron el aliento cálido  
que iluminaba como sol por dentro.

Se apretujaban en la catedral, a espaldas nuestras,  
la gratitud de un pueblo.

Dicen que no estaban los vivientes muertos,  
los que de los autos no pueden descender un momento,  
los que cuentan monedas al cambio del segundo,  
los revestidos del manto de la suficiencia,  
los esmirriados bajo la holgura de un ropón que les cuelga  
miedosamente desde un nombramiento,  
los tullidos de amnesia, los que persiguen nubes  
en la noche del cielo.

Su ausencia dejó espacios para amigos verdaderos.

29 de septiembre de 1979

Recuerdo: nunca tuve lo que quise  
y se me dio lo que jamás pidiera.

Qué albedrío es el mío, fronterizo del otro,  
vasallo de lo que me piensan como bien ajeno,  
que ha de ser el propio porque yo lo acepto,  
niño taimado en el dar y el entregarse  
a poderes invisibles que nos saben.

A veces padezco nostalgia, no lo niego.  
La aventura es la negación, y el otro  
me hace guiños, me requiere  
con paraísos en desiertos luminosos.

Imaginación se fatiga con presurosas alas  
y sólo encuentra el mismo tiempo y la muerte  
donde no reconoce a quien me representa.  
He de saludarlo con gran respeto irónico  
y devolverme a esta máscara en que soy pensado.

## VUELVO AL ENGAÑO

Como no puedo vivir sin amor, conmigo mismo,  
como no sé limosnear ante riqueza ajena  
y me hiere el reflejo de tanta falsa pedrería,  
la propia, la prójima, la soñada, la mentida,  
perro soy que husmea en los basurales  
de aquellas máscaras que simulan belleza,  
de esas amistades con tanto olvido dentro,  
y cuando encuentro hueso con memoria de carne,  
gozoso, jadeo, corro, recobro ese tesoro  
y lo pierdo por dar en su mondadura.  
Y con ojos tristes que sólo se ven en perros  
vuelvo al engaño de mis propios desdenes.

¿Dónde estabas tú, cuando fundaba yo la  
tierra?

Yaveh a Job. 38-4

Sé que nada soy. No fui piedra angular  
en los cimientos de lo existente  
y, en aquel tiempo, ni polvo era.  
No puedes olvidarte que comenzaba  
el tiempo desde tu principio, y venía  
desde tu eternidad e iba a ella.  
Al pensarlo como sucesión continua  
para lo creado, en un punto hormiga,  
en el inicio de un soplo, me advertiste.  
Omnipotente, no puedes olvidar lo mínimo.  
Al echar los cimientos de la tierra,  
yo estaba en Tu voluntad como deseo,  
como presencia total temblando de grandeza.

Y el dios de la vida y el dios  
del tiempo, llaman al lleno de  
llagas y le dicen: ¡Tú tienes que  
sostener ahora el cielo y la tierra!

### El quinto sol. Poema azteca

El vestido de llagas habla por cada herida con el tiempo.  
El tiempo no es. Posee un sencillo oído de silencio.  
Son muchas voces las que asedian desde esas bocas ávidas  
que no son coro, sino multitud de orígenes del lamento.  
Sobre cada no ser cae una gota púrpura que lo marca de fuego  
y el tiempo se siente despedazar por lo que vibra efímero,  
por el hijo al que él consume y por quien es devorado  
sin que logre acallar en todo su cuerpo labios de tormento.  
El dios del tiempo inmóvil se detiene entre la tierra y el cielo  
y por esa pausa, la eternidad dice rápida, sin cesar, su palabra.

El vestido de llagas es muchedumbre de existencia contra la muerte.  
Cada ay que le vive mana hacia lo invisible exangue,  
eternidad que encontró voz humana y centella de vena  
que mueve fogatas de alfileres y la relumbra en reflejos.  
El cielo tendrá deuda por siempre con el de llagas pleno.  
Por sus ojos de herida que parpadean sin párpado, su noche  
no es tiniebla, almohada de sosiego para el dios de la vida  
que ha de ser entre la densa neblina humana de sueño.

Ambos dioses le exigen al ganado de llagas: sostén tú  
los extremos, mientras nosotros nos vamos mutuamente venciendo.  
Mantén en el fiel de tu angustia esa tierra y el cielo  
porque en ese filo transcurran los demás hombres  
sin oírte, sin oírnos, sin oírse, como se desean, muertos.  
Y el vestido de llagas desobedeció y entreveró los opuestos.

A Martín Panero

Poseo un montón de llaves viejas  
que han abierto puertas que quizá ya no existan.  
Cada uno de sus ojos me mira por que les dé sentido.  
Con sorna agresiva sus dientes me amenazan.  
Todas juntas semejan nasa de sorprendidos peces.

Algunas han crecido desde que dejé de verlas;  
otras, en mi infancia, eran imposibles,  
e, inciertas, duendes o sierras se tornaron.  
Mi mano busca entre su riqueza vana  
y quedo encerrado dentro de mí mismo.  
La llave precisa alguien se ha llevado.  
Todas las puertas mudas olvidaron sus goznes.  
La casa atisba, por un ojo de aire, un recortado mundo.

Vaciaré, una a una, la cesta de las llaves,  
peces pequeños para océano mínimo.  
Serán anzuelo mis dedos y sedal mi brazo.  
Con la esperanza sucesiva yo me iré deshaciendo.

Acaso torne la llave con su mano de fuego.

A Rafael Paredes Rojas

Vuelan las palabras junto al gesto adusto.  
Los entrecerrados ojos miran a otro tiempo,  
donde él, sumerio, babilonio, próximo a los cuatro ríos,  
sólo del paraíso conoce las palomas.  
Lo demás es guerra, rencor, recuerdo,  
la entreverada suma que constituye lo humano.  
No sabe que renacerá en otra arcilla  
en ignorada tierra y en otro tiempo idéntico.  
Pliega los labios en mohín de desprecio.  
Las barbas se ensortijan como los pensamientos,  
pero es un panal abandonado por abejas  
que cera y miel dejaron en sus huecos  
demasiado pequeños para zurear de nidos.  
En sesgados ojos, en labios apretados,  
en barba derramada y otros ojos ciegos,  
no hallará lugar de reposo. Desde entonces vuela,  
junto a un hombre que piensa su misterio.

## NO OLVIDAR JAMAS EL PRIMER NOMBRE

No atañe lo divino a los  
que no son.  
Hölderlin

Entre el carnaval soberbio y melancólico de las rosas,  
entre los frutos en su agridulce adolescencia,  
entre los árboles surtidores de verdor cristalino,  
entre la muchedumbre de hermosura que llevan como sombras  
sobre el rostro codicioso de la belleza ajena,  
¿qué puede el hecho de fugacidades con su tenue antena?

Entre el saber que juega renombrando las eternas cosas  
que no divisan su sentido en los calcáreos nombres,  
entre los que detienen el tiempo y las horas revierten  
porque el anteayer hieda en su armadura de plata,  
entre los que contra su alma televisores encienden,  
¿qué puede hacer el perdido con su lengua de señas?

Entre el olor piadoso de la hierba que ciegan,  
entre el smog somnoliente en que caduca el cielo,  
entre desincronizados semáforos que gobiernan la vida,  
entre los payasos elásticos de la inexperiencia,  
sombrosos zaguanes donde la razón es locamente cuerda,  
¿qué puede hacer el libre al que la cárcel recuerda?

Portada de confines, en su medianía conceden  
contra las miríadas de pájaros delirantes de trinos,  
una encadenada concha de estrías que no olvidan  
las mareas tajeando la delicadeza pulida  
y los hombres olas de fulgúreo metal ciego,  
y así olvide yo mi primer nombre de brisa  
y el resplandor en la puerta de una espada de fuego.

## LA JUVENTUD VA SIENDO

Juventud me rodea. La juventud he sido.  
Estuvo antes de nosotros como poder eterno  
con sus leyes secretas, tornadizas.

Cuando, sobre mis sienes, tuve su diadema,  
reiné sin saberlo; despótica, naturalmente,  
era luz heridora, censura, amor, espejo,  
camino y arquitecto, voz y seguro sueño.

Insensible, día a día, segundo a segundo,  
limó su oro el tiempo con su sudor de óxido.  
Diadema era, mas corona de hipócritas espinas  
que no cesaban de labrar sangre hacia dentro.  
Al son de mis pasos, el sendero fue desparezándose,  
escenario de representaciones con fundamento de piedra,  
sueños de luces entre sueños de tinieblas,  
escalinatas, graderías con mil espectadores míos  
videntes, miopes, malqueridores, amigos,  
que registraban gestos y, sin querer, los hurtaban  
para sus máscaras momentáneas y, sin embargo, eternas.  
Dios, por piedad, en un harapo de mi tiempo,  
liaba para su memoria mis voces entregadas.

Porque conciencia fue, demasiado lúcida  
en mi juego no deseado de amaneceres y nieblas,  
de amor resucitado si amenazaba el sosiego,  
de fatigas que me sostenían entre sus aspas vivo,  
sólo en apariencia la juventud ha estado despidiéndose.

Veo radiantes coronas sobre otras sienes.  
Piensan, contemplan, quieren mi aparente neblina,  
mas el ojo singular, avezado, advierte  
su azogue deslizarse, crepuscular,  
en dorado mediodía que sólo tiempo es.

No, seréis coronados: no he sido juventud.

Mi juventud va siendo.

Preguntadle a la muerte  
cuando no haya tiempo.

## NOCHE DEL HUERTO

No he tenido demonio que me muestre un reino  
ni invisible ángel que me seduzca con abajadas plumas;  
tuve árboles que, atentos a sí mismos, revistían  
sombra como un ropón de púas de tinieblas;  
también quien sobre mi corazón, rindió su cabeza, dormido;  
sí, los llamados por mí a quijotesca aventura,  
en profundo sueño en que, poderosos, me sueñan;  
mientras alzan cáliz de soledad con sabor de agrura.

Llorando lágrimas de sangre que no podéis ver con vuestros ojos.  
A respuntes de salmuera me han cosido los labios.  
Y las piedras tienen alma de pan sin mi palabra.  
Y estoy en mí dentro de la creación entera.  
Dios me despuebla el mundo ante mi mirar de tierra.  
Quiere que acceda a mi muerte. Y he dicho: Sea.  
Nada tengo. Nada soy para nadie. Se ha de borrar la nada.  
Caerá la tiza de la palabra y será la noche.  
Y por que ella comienza, ya caminan las teas.  
Porque nadie se ahorque, treinta monedas paga mi pobreza.  
Arboles entre mis carnes se desbastan en cruces.

Una blasfemaré. Otra será esperanza. Y la del primer día,  
corona de diamantes que muerden, luces de reflejos  
de la lanza que trepa, y lanza de mieles que envenenan  
los aires, ésa es la de siempre, la que jamás cesa.  
Pero libérame, Señor, en esta noche de lentitud en el tiempo,  
del beso que, furtivo, viene en esos labios de lepra.

Todos viviréis sin mí  
y yo no puedo.  
Es fácil abandonarme  
como un libro  
con sus palabras muertas  
y su sueño.  
Cada voz se aburriría  
de enfrentarse con otra  
incongruente,  
sin aire, para siempre.  
Es sencillo olvidarme  
como un fruto bebido,  
y ver en mi agua  
una forma del aire.  
Pero si vuestra inconsciencia  
me menea las fuentes,  
os llagará un geyser  
como sol sempiterno;  
vuestras bocas pedirán la lluvia  
fría de mi silencio.  
Todos viviréis por mí  
y yo no puedo.

Al Dr. Paulius Stelingis

Cuando  
el barco  
iba  
lentísi-  
mamente  
partiendo,  
latiendo  
a borbotones  
como corazón  
que se diera cuenta  
de pronto;  
cuando  
apenas  
una mano de agua  
estremecida  
nos  
sujetaba  
a las vigas  
del muelle  
y falsas rosas  
trémulas  
creaban  
la retorcida  
cruz de las hélices  
sobre el verde  
que lloraba  
coronas funerarias  
sobre alguien  
inminentemente  
sepultado

y ajadas  
como si vinieran  
de una muerte  
muy vieja;  
cuando  
nuestra adolescencia  
iba siendo  
desgarramiento  
entre  
destino y amor;  
cuando los ojos,  
las lágrimas,  
rompían  
la visual celeste  
y las casas,  
ellas,  
las rectas,  
las trepadoras  
con raíces  
sobre las colinas  
se deshicieron  
tras  
una ventisca  
de  
desolaciones  
y  
sobre el muelle  
cada vez  
más,  
más empequeñecido,  
esos ojos  
miraban sólo  
la ausencia  
empavonada,  
entonces  
la soledad

se llamó  
partida,  
disimulando  
en juventud,  
fervor,  
venas ardientes,  
la primera  
muerte  
más terrible.

## CARTEL DE LA VIDA

A Francisco de Solano

Frente a la muerte estoy. El cartel lo proclama.  
Dejadme solo contra mis soledades.

Con el traje de sombras sin ningún destello,  
solo dejadme frente a la tarde seria.

Con la empuñadura, sin estoque de plata,  
dejadme solo con mi pobre miedo.

¡Qué bruñidos de aceites los oscuros cuernos!  
Solo dejadme, ya saqueado olivo.

¡Qué vendaval de vida y torrente en mi costado!  
Dejadme solo, gota degollándose.

En sorna, clava su ira sobre mi figura.  
Solo dejadme, esta paz le opongo.

Contra él, nutrido de campos y anchos cielos,  
dejadme solo, magro de ciudades.

Por mi sangre escarba tumba en la vida arena.  
Solo dejadme, nieve de papeles.

Su potente existir me arremolina y ciñe.  
Dejadme solo, cuerda sin peonza.

Gira el quemante zodíaco resoplando.  
Solo dejadme en mi cordero aislado.

Ningún ángel en mi socorro le arponea.  
Dejadme solo con mi ceniza erguida.

Ningún rejón viene en lento rocinante.  
Solo dejadme ante su potencia.

Veis el hombre desnudo en sus prestadas luces.  
Dejadme solo entre mis tinieblas.

El mundo se detuvo. Tiene norte el viento.  
Solo dejadme. Ya dejadme solo.

Están clavando cruz del sur para mis manos.  
Dejadme solo, llanto del espacio.

Furiosa luna mueve a todo el firmamento.  
Solo dejadme en desolada tierra.

Al aire lo rasgan en rayos de claveles.  
Dejadme solo y bebed mi fuente.

Arena de oro, pequeños soles muertos.  
Solo dejadme en mi dorado reino.

Estoy solo. Definitivamente solo.  
Unico, lejos, el toro me recuerda.

## NO LLUEVE POR MI

Llueve. Llueve a mansalva.  
A la lluvia devuelven  
mis ojos de piedra  
sus lágrimas de furia.  
No lloran por mis párpados  
cortados por luz súbita.  
Por el relámpago que tiritita  
en mi sangre  
no están llorando,  
ni por esta soledad  
fénix para todos  
están llorando.  
¿Quién tendría pena  
por esta mano con cinco  
ojos llorando?  
¿Por paloma de olivo  
que no encuentra arca?  
No me clava la lluvia,  
en esta esquina daga  
pues podría andarla  
acerico de lanzas.

Solía quebrar el ángulo  
en curva de gracia  
y ser puercoespín de lluvia  
en la madrugada.  
Pero, quién respondería  
por los robadores  
de la esperanza  
que, túnica de luces  
a los ojos quitaran.  
Se esconden en la lluvia.

Cada gota los busca  
con prisa atolondrada.  
Mis ojos de dura piedra  
uno a uno descarta.  
Quien hiera mi pupila  
traerá entera el alba.  
Y coserán el día  
con alfileres de plata  
y su túnica de sol  
nos vestirá las miradas.

## DANZA DE LA SILLA EN VANO

Una silla danza por los aires,  
nube gris de brazos implorantes.  
Arco de cielo aprieta los maderos  
escondedores de la antigua savia  
y clausura su denso ciego muro  
por que la tierra no mire hacia el vacío  
de narciso cielo dulcemente azul.  
En vano la silla dice en movimiento  
una llama roja de tormento humano,  
los brazos tensos van proclamando rígidos  
que, nube de madera, fuego de venas,  
los consumirá la angustia de la tierra.

## MULTITUD DE SIEMPRE

Soñador ya sin sueño, sin historia,  
¿puedes vivir siempre entre desembarcaderos  
donde nadie llega y no parte nadie,  
entre incendiarios sin llama que se fugan  
por puentes de humo que los corroe el aire?

Violero sin vihuela, con arco alucinado  
que la brisa palpa con hastío y tristeza,  
y cuyos brazos quiebra el viento más amargo,  
¿puedes vivir tanto silencio donde la música abjura,  
donde la palabra es hueco con doncellez de memoria?

Ricohomme deleitoso de pobrezas grises,  
huracán moroso en sosegados zaganes,  
monaguillo para altar donde no se oficia,  
¿contentarte puedes con monedas de espantadizo azogue,  
con axabeba de suspiro, con amordazado cáliz?

Clown inconocible con el rostro desnudo  
deshabitado de albayalde y de cejas francesas,  
cuerpo de alba vestido de estrellas que se fueron,  
¿puedes encontrar la celosía de risa dadora de sentido,  
que abre cerrojos e ilumina la casa desvalida?

Varón que soñaste ya todas tus fábulas,  
que por perder vihuela de péndola ya no tiene alas,  
señor que enseñas villanas negligencias,  
melaziello que, en quieto aire, no llamas con campanas,  
fazañero cómico que, sonriendo, deshonoras el goce,

¿Por qué eres multitud, y yo estoy solo?

## VEDADO ESTA AL LAPIZ

A Carlos George Nascimento

Esperar tiene su invisible dado  
de faces mudas, tristes o risueñas,  
que el cielo sólo nos dice por enigmas.  
Esperar es tener despierto todo el cuerpo  
y toda el alma a flor de amor desnuda.  
La brisa hiera. Una gota de rocío es lluvia.  
Las lágrimas están pensando en lo oscuro su ternura.  
La sonrisa es el sol a punto de crearse.  
Los jazmines no huelen. No dejan aire los jazmines  
sin aroma. La savia se detiene a ras de tierra  
para que acreciente otoño. Como tigre saltará la savia  
a primavera en lo más crudo de este invierno denso.  
Se vuelven los ojos interiormente al silencio lamido  
de próximos destellos y el oído contempla que no viene  
quien detendría en el orden la tormenta. Esperas.  
No esperes ya, aunque el desollamiento siga.  
La vida no puede sorprenderse que la muerte incube  
en segundos vacíos sus espejos de urgencia.  
Calla. El dado cae y dirá su palabra.  
El silencio se yergue en el filo del lápiz.  
Vedado le está anticiparnos lo que asesina  
o salva.

## ALGUIEN EN MI, ME EQUIVOCA

He descubierto  
que alguien, en mí,  
no me respeta.  
Déspota  
atrabiliario  
me somete a maltratos,  
mis prodigalidades  
espía,  
detesta mi alienarme,  
prefiere el declive  
de mis estériles  
razones.  
Se entromete  
en mis sentires.  
Los condena.  
Afina  
escuchas alertas  
en mis sueños  
y oye  
la libertad  
de sus voces secretas.  
Cuenta en un ábaco  
las palpitaciones  
tácitas  
de mi corazón.  
No le perdona  
que por la hermosura  
de un ademán de humo,  
por armonía y vida  
de un verso  
que, ubicuo,  
se posó en mente,  
en corazón,

en una mano,  
como propio  
y absolutamente  
ajeno,  
yo acelere mis pulsos  
y desgaste mi sangre.  
No me tolera  
el no tener envidia,  
el no apacentar  
sus lobos traicioneros.  
Me dona miel  
y polen  
y sobre mí, desata  
abejas  
que, en mis poros,  
construyen  
con sustancias de vida  
sólo  
celdas de cera.  
Me obliga  
a profanar las horas,  
sus esferas perfectas,  
con palabras  
indolentes  
que él azuza  
para que yo recoja  
la sombra  
de la sombra  
de un real suceso  
como si fuera  
un río  
con mucha agua oscura  
y zarzahán dorado de reflejos  
y le ofrezca la cárcel  
de un anillo de oro  
para bodas eternas

cada día postpuestas.  
Me sonrío zalemas  
erizadas de álgebras  
con cifradas claves  
de pudor  
y elocuencia,  
la música  
de mis privilegios burla,  
sonando cencerros  
que olvidaron  
su lengua,  
casto homenaje a virtudes  
quizá, ojalá.  
lascivas de esperanza.

Sí.

Me incita  
a endeudarme en ella  
y me descuenta  
anticipadamente  
créditos,  
empobreciendo  
mi lozana miseria.

Excusa

la doncellez de mi pereza.

Declara herejes

mis posibles acciones.

Me quiebra en desamor,

despoja mis oídos

de sus propios silencios

y me crea sirenas

en bosque de espumas

huidizas,

sin voces, enamoradas

de sus ecos

que me olvidan

a penas

en movimientos  
que sonrisan  
sin dejar de mantenerse  
tardineros.  
¿Quién podrá saborear  
esas tardaniellas  
y sojornar  
en solombra  
ajumada  
con alamud  
de lazerio?  
Pretendo en vano  
ser navegador  
en el misterio:  
me quiere aontado,  
amancellado  
a mí que era apostiello.  
Ved, si no me equivoca.  
Sin que nadie me entienda,  
quedo  
orellano de mí mismo,  
y lastimero.

## NAVIDAD SIN MADRE

A Haydée González,  
agradecido.

Hoy es Navidad y dos niños existen.  
Yo sé que uno puede oír albos balidos,  
y gozar sobre su sueño la tibieza  
de hálito de asno con su piedad paciente,  
y el soplo denso del buey con su fatiga.  
Quizá agitada brisa de ángel volandero  
entre el heno que se queja alce leve ternura.

Parece ser un día entre los secuentes días,  
porque los pastores caminan a un pesebre  
y una estrella se enmascara en luz del día  
y nadie sabe si son nubes esas alas de plata.  
Pero Navidad es, la palabra fue cumplida.  
Un Niño está porque amor se recobre,  
escogió desnudez por ser nuestro principio  
y le revisten de riqueza los maternos ojos.  
El otro, hombre-niño desde su nudez lo mira  
con ojos pobres por la madre ausente.

A Andrés Sabella, desde los años  
treinta del inicio.

Es el último estío que los dioses conceden. Nunca el postrero.  
Crepuscular miel perdura en los sedientos labios saciados de sol.  
Mas, ¿volverán a desearme a mí las olas que me miran  
estatua de sal, carcomida de viento, sobre la compasiva arena?;  
las vasallas que besaron los diez dedos desnudos  
que pisaban el lagar de sus uvas y sus ubres de leche  
como máximo pontífice del silencio entre sus voces,  
¿tendrán memoria? La flauta del agudo día, el corno de la noche,  
sonorosa savia que recuerda, metal sonoro de las estrellas muertas,  
¿habrá quien la taña con sapiente aire, quien despierte  
el fuego de tiniebla y ardor originarios, quién los oiga?  
Nadie puede prefijar la duración perfecta. Quizá después,  
otro mañana sin mí, los invisibles dioses serán el sonido que solloza  
y las olas mismas sonarán de corno oscuro a flauta luminosa  
aunque el estío no sea, aunque nosotros no estemos y no se note.  
Lo demás tornará siempre, mansamente. Quien interroga es uno.

A Angel Custodio González

Mi vocación de paz siempre está en guerra.  
No puede negar el mundo, negar no puede al hombre  
ni olvidar ideas que, al erguirme, me destierran.  
Mientras tanto, a la muerte no quiero transferir el sueño.  
Acosada mi paz por toda la esperanza que recuerda  
se arma de impaciencia.

De la paz se nutre la ternura y su dulce olvido.  
De la guerra, la vigilia y sus ojos voraces.  
Quizá signifique vida el desgarrarse en antípodas,  
quizá sea precio de hombre morar entre fronteras.  
Después vendrá el sueño donde cesa uno,  
el sueño con ternura que estoy necesitando.

## SOY EL ESPERADO

Ya no espero más,  
soy el esperado.  
Agostinho Neto.

Aguardé que la avellana del día  
quebrara sus cerrazones;  
alerta estuve a cada signo  
de destino en las nubes;  
me metí en los muelles  
por si al mar se echaban;  
a la vera de faroles avizoré la noche  
y los faroles acrecentaban  
su tiniebla;  
vi el talado de canteras  
sin línea, quebradura,  
ni vocación de estatua;  
busqué amazonas con su pecho hendido  
para lucharlas:  
manaban limbos de leche de esperanza;  
me acurruqué en los quicios;  
las puertas furiosas se cerraban;  
en otoño abrí libros:  
sus hojas, estupefactas  
apretujaban letras  
que no podían deletrear sentido  
en una total palabra;  
se herían con mutilaciones,  
**am, des, soled, muert, alm,**  
anzuelos para enganchar  
mi ser en lo inexistente,  
que, en su vacío,  
gozaba;

abracé cuerpos que eran niebla a la mañana;  
besé labios cuyo fuego terminaba en teclado  
que no tenía resonancia;  
a sus efímeros dioses  
el tiempo los consagraba  
y en espera de la plenitud,  
estaba siempre despidiéndome  
de los torsos del día;  
de blancas paletas de pintor  
que con su único ojo miraban  
los ensombrerados pomos de aluminio;  
de displicentes párpados;  
de ciudades amuralladas;  
de musgo que, interiormente,  
se amorataba.

Eran los hombres  
corazas brillantes  
pulidas por la brisa  
que les resfriaba el alma,  
sus palabras mugían estornudos  
de hojalata.

Estoy cansado de esperar  
que el mundo se quite  
la mortaja,  
que el vencejo umbrío sea  
paloma de nostalgia,  
que las ventanas miren  
o paisajes inventen.

Es triste andar  
por bosque tieso de árboles  
que se ignoran,  
entre smog de hombres  
que apretujan sus hálitos  
por no alcanzar un alma.  
Debo encontrar el claro

donde soy el que esperan.  
Vosotros diréis entonces  
que me he muerto,  
precisamente  
cuando el tiempo me diga:  
eres el esperado.

La primavera  
se hace de hojas de otoño.  
Juan Barriga Bravo.

Arbol de fuego de la primavera,  
en tus raíces profundas y oscuras  
sientes el sol de hojas ya quemadas  
por estío que fue y con aire de oro  
sueñan. Tensa potencia es el sueño.

No en vano se ha hablado con la brisa  
en otro tiempo, cuando el verde, vida  
era e inocencia sin dejo de destino;  
todo queda en algún lugar secreto  
como átomo prometeo encadenado  
que resplandor ha de dar y fuego  
para la muerte-vida de aquello que se ama.

Y, de súbito, el árbol serio y desolado  
siente ternura por la baldía tierra  
y asoma un ojo verde, que le vino  
entre dulces corrientes interiores,  
el ojo que ya vio y resucita.  
Y en esa esmeralda, primavera desatada  
convócase en nudo de gozo y de relumbres.

Piensa hermosura para el hombre,  
sombra tibia para los amantes,  
algún aroma de oro, rosas de sangre,  
y, en éxtasis, el aire vuela demorado  
sobre cada yema, en largo beso a una bella durmiente  
hasta que el mundo sea un baile de verdores.

El corazón recuerda, en somnoliento invierno,  
que el oro vencido del otoño, luminoso Lázaro,  
llamándole está en las hojas nuevas.  
Y despierta, temblando, en todo lo creado.

## VISION CON HOMBRE QUE FALTA, AL FONDO

Esa casa es vasta  
como un arrabal derruido.  
Tiene sus acechantes espectros  
de cantinas ebrias,  
la falsa risa, el mecánico sonido  
del desamor que paga.  
En sus inexistentes muros,  
la calcomanía de un niño que se fue a la muerte  
y la foto de bodas donde aún no era.  
En sus tinas de baño,  
un desnudo de tiza desvaída,  
la bruma que, éticamente,  
borra los espejos.  
Las escaleras conversan  
en un voraz hueco  
saltándose escalones.  
En la cocina,  
se quema el pan en horno  
olvidado del fuego.  
Tosen las visitas en las sillas vacías  
por crear el humo.  
En el comedor, mastica el silencio  
la nada; bebe a grandes sorbos  
el polvo en copas que se fueron.  
Las ventanas piensan vidrios  
para aguas que las besen con cielo.  
El jardín, bajo tierra,  
está durmiendo rosas.  
Donde antes estuvo, un grifo llora.  
Se oyen laúdes de sombra.  
Su armonía conduzco con cayado

de pastor de notas y corderos  
mientras me va concertando mi destino,  
donde sólo perdura esa casa tan vasta  
para atraerme a su arrabal en ruinas.

## MI MUERTE

¿Qué muerte me preparas, oh Dios mío?

Sólo un tirón de sedal y un océano de luces,  
el desgarrarse del cielo porque nace una brisa,  
un puñal de nada que gime en el venero,  
y la soledad agrega una tercera sábana cada vez más tensa.

O hierro a fuego que va cauterizando,  
poro a poro, mis imperfecciones todas,  
espolvoreando de cenizas la garganta;  
o saetas que inmovilizan en las paredes al aire estupefacto  
después de saltar las venas con sus agudas puntas  
al reunir los trozos de soledad a gritos.

O el algodón imbécil de las aparentes inconsciencias  
mientras acusadores me miran multitud de mis actos  
confusos por su veta de mal, los lúcidos por bienaventuranza;  
por el jaspe de misericordia, asombrados los del error humano,  
todos en espera del tono exacto de tu palabra que ha de definirme.

Tú ya lo sabes y me donas el misterio  
sin quitar de mis manos tu hacha que me tala.

Relumbra a otros ojos un sol sobre la plata.  
Acércase a la savia el toctoc de ese vuelo.

## MIENTRAS EL SUEÑO VIENE...

Mientras el sueño viene, mientras la lluvia cae,  
atado a la oscuridad por el hilo de luna,  
liado a la blacura por un nocturno hilo,  
quiero decirte, Señor, que a Ti me entrego.

Yo me enredo en el mundo y como el transeúnte hijo  
voy dejando mi anillo, vestimenta, palabra  
con alegría, pródigo, hasta que descubre el frío  
mi dedo entristecido, mi esqueleto contigo,  
mi esperanza que duda y, sin ajeno fuego, es yesca.

En el hombre confío, pues Tú por él viniste  
a morir en tierra de desolaciones, con la sal  
de la traición despertando a viva voz tus llagas,  
con la soledad tremenda de las tres negaciones,  
y la disposición temerosa en los que amaras  
llevando tu primera sangre y tu cuerpo primero  
fundidos en sus venas. En los pies humanos,  
no eras Tú el que huía, y porque no hubiera  
finalmente huida, en tu encarnación los clavaron.

Alguien sería el hombre del pecado, más allá de los clavos  
que no se hicieron solos, y de espinas que, a disgusto,  
se torcieron para hacerse corona, y de esponja de mar  
que no tuvo lágrimas, sino vino acre que enrabió sabores  
e inocente hiel, leal a sí misma solamente.

Tú, el hombre de dolores, eras erigido rey  
y tu trono, rosa-imán de los vientos del respiro humano  
con todas sus pasiones, Todos, a tu semejanza, pero en lo mínimo,  
somos reyes olvidadizos, y hombres de dolores  
cuando la tiniebla adviene y se derrama el hombre.

Si Tú creiste en mí, por virtud de tu esperanza,  
por encima de mi ser en el mundo que beso de traiciones  
por entregarme, aunque el gallo no cante porque yo recuerde  
y mis otras formas duerman el sueño tan hondo del olvido,  
si Tú creiste en mí con tarea y destino, y soy sólo humano  
como éste mi próximo y aquél mi alejado, pido que me conduzcas  
junto a tu becerro, dores nuevo anillo, me veas rico  
en harapos solares que mi desnudez ocultan  
porque no está en tus ojos y ella no es aguda como un clavo en los pies.

De la aventura pródiga apenas traigo el eco  
de algún canto. El canto olvida el mundo que enriquece.  
Es mi riqueza invisible en la pobreza. Tú,  
que transformas la nada en peces que relucen,  
lo sabes bien. Yo necesito soles y alimento.  
Las aguas se niegan a parir peces y la tierra, trigo,  
y el cielo ni engendra nubes por el smog humano.

Y el sueño viene. Me hundiré en el secreto  
de los mares profundos de los que voy y vengo.  
La cabeza tendrá un oído en la nieve de la almohada  
y otro oído al aire insensible que ni me ve dormido.  
Mientras te hablo, cesó la lluvia. El sueño viene  
prediciendo mi ser que estará oscuramente a solas  
si Tú no llegas a él, y me traduces  
su eternidad en tiempo.

Asesinad al ave fénix en mi corazón.  
Asesinadla con perversidad, pluma por pluma.  
Será nido inmóvil de petrificada lava.  
Quizá sería ceniza con un leve ardor  
o latido de recuerdo. Tengo miedo.  
La lava puede soñar que fue río de fuego  
y la hondura del recuerdo llegar a la memoria  
y el ave fénix traería en su dorado canto  
un corazón de sangre donde nada muere.  
No la asesinéis. Sería en vano.

A Nelly Donoso

Hoy es el día. Algo sucederá.  
Entre mis sábanas se abrirá una rosa.  
Un verso ajeno sellará mi vida.  
Mis zapatos me llevarán, sabios,  
hacia el puente donde el amor es río.  
Me devolverán el veintisiete de diciembre  
de mi infancia. Encontrarán entre mis plumas negras  
una blanca. Después de mucha piedra,  
manadero de plata. Y pasarán  
de los treinta dineros sin nostalgia.  
Una mano suave se llevará mis ojos  
porque no tenga lágrimas. Pensará además  
que ha de ser mi ceguera deslumbrante  
para ver en estos tiempos, como Homero antaño,  
héroes y dioses, sin equivocarme.  
Le pediré al sacerdote hijo, la extramaunción dorada,  
y abandonará las noventa y nueve ovejas  
en la noche de estrellas taciturnas.  
Sentiré un ala sobre mi sien, pájaro vivo  
que me comunicará el aroma del silencio  
y como he quemado mi cabellera toda  
para lengua de fuego seré espejo  
y nadie podrá dormir por la voz de mis centellas.  
Tampoco yo. Y por eso despierto  
diciendo: Hoy es el día. Sucederá.  
Sucederá algo.

Hombre de soledades soy.  
Ese es mi oficio  
duramente aprendido.  
Amé sombras que, apasionadamente,  
se amaban a sí mismas.  
A río que semejaba mirarlas  
me llevaron y vi sus vagos reflejos  
entre onda y onda,  
y una nada,  
una niebla,  
una angustia  
pincelaban el agua.  
Ni como sombra de sombra  
pude hallarme,  
alma moviente que se iba a la muerte  
entre el eterno murmullo desolado.  
También pródigo fui de mi tiempo  
por acrecentar la sustancia del ajeno.  
Mi tiempo, arena desperdigada,  
hasta el día del Juicio.  
No escarmiento.  
Reloj que se desova  
minuto a minuto  
hasta que quede lento,  
lentísimo,  
sin siquiera este triste latido  
de soledad entre tanta gente.  
Con vocación de amor y de ternura  
aprender, día a día, esotro oficio,

ángel de hombre  
en un cielo sin aire,  
en tierra de muy ciego espejo.  
Hombre de soledades soy  
y ya me está doliendo.

## NO ES UN SOLO SER

A María Inés Raposo

En un ser, no es él quien llora:  
la humanidad de secos ojos  
recrece el cielo de sus almas.

En un ser, no es él quien canta:  
los silencios de los entristecidos  
exigen el hontanar de la esperanza.

En un ser, no es él quien dice:  
el tumulto de palabras olvidadas  
encuentran boca quemada que no calla.

En un ser, no es él quien ama:  
todo el fuego, la luz, venas recobran.  
El ángel del paraíso ha apagado su espada.

A Francisco Berzović

Cuando todos se han ido  
lentamente,  
o con prisa,  
a sus desiertas casas  
donde les sonrén  
las cosas habituales;  
cuando han cerrado  
los postigos todos;  
dos vueltas  
han dado a las llaves  
de las cerraduras  
y las olvidadas  
y quietas  
hicieron su oficio,  
sin ayuda;  
los párpados de las ventanas  
fingen sueño,  
las letras de los libros  
se empastelan  
y, misteriosamente,  
se oscurece  
el papel albo,  
comienzo a sentir  
que tengo dos\* brazos  
que me sobran;  
dos ojos  
a los que encantar  
definitivamente  
nadie supo  
y siguen condenados  
a no ser anzuelos;

quedo al margen,  
como un mueble  
con cajones cerrados  
y un peso interior  
de polvo que se abraza  
o de riqueza ciega que se hiere.

Nadie sabrá  
la incierta materia de la soledad,  
si a ella misma le vedaron  
el que se conociera.

Uno es  
sustancia de ausencias.  
¿En dónde podrá verse?  
La nada  
ha de tener lenguaje mudo  
comunicante,  
según dicen que poseen,  
entre el ruido del mar  
y en sus hondos silencios,  
los peces.

Yo nunca fui pez  
ni nadé entre los blandos filos  
de las aguas,  
aunque descendí a la tiniebla  
donde todo se calla.

Mis tempestades ascendieron  
desde el caos  
donde el impulso inicial era  
voz clamando por el orden,  
la luz, las primacías.  
No aprendí en el ascenso  
el oscuro lenguaje  
de los seres  
ondulantes de plata.

La celeste palabra solar  
en este tránsito en soledad  
no suena.  
Sólo se oye  
cuando alguien, íntimamente,  
la deletrea,  
alguien que cierra sus ojos,  
nuestros ojos,  
para vivir su sueño  
al revés de los peces,  
el sueño  
de origen y destino  
aunque semeje  
aquel objeto inerte  
con cajones velados  
que a entreabrirse se niegan  
por el lacre del tiempo,  
por la pena de polvo  
que amanceba  
nuestro ser al olvido,  
por la gloria presunta  
de un tesoro en silencio.  
Si los demás han huído  
con las llaves exactas,  
reinará el misterio  
en esta casa cerrada  
de soledad  
que mi existencia niega  
como cualquier corazón ajeno,  
o el mío, incluso, enajenado,  
que siempre espera  
la palabra solar  
en la tempestad aquella  
que, a luces, oscurece  
el papel blanco  
que me deletrea.

Siempre mañana y nunca mañanamos.  
Lope

La felicidad está ahora. No sabe de mañana.  
Mañana puede ser un fabuloso árbol de hojas amarillas,  
puede ser un pez que mira por vez primera el aire,  
ser el miedo de cristaleras frágiles,  
una vulnerada memoria que se introduce en el día.

La felicidad viene ahora con esta vestimenta de girasoles  
tan sensibles que responden al afán de las lunas,  
reside en ese cuerpo que descubrirá sus labios  
en ese mirar que viola nuestra sangre escarchada.

La felicidad cautiva no admite lentitudes,  
si la desdeñamos urde nupcias con las furias  
y a nuestra boda con el polvo la despoja de dicha.  
Por muy altas cornisas, sonámbulos andaremos  
cuando yacer pudiéramos en balidos de trébol  
unánimes, radiantes, batidos de delicias.

El mañana es casi ayer. El hoy desata.  
La sirena te despoja de tiempo mientras canta.

Sé que sigo andando por mis casas que fueron un momento  
y, las desaparecidas, mi juventud me loan.  
Yo fui y no puedo dejar de ser donde ya fuera.  
Casa que, hosca, me veda permanecer es ésta.  
Dice que me han roído y mi cáscara queda.  
Las paredes se enfréntan con ese biombo incómodo  
que no les permite verse y conversar a solas.  
Piensan que sobre él han seguido dibujando  
paisajes tristes, primaveras de faisanes  
con sus plumas muertas, nubes que retienen lágrimas  
y una sombra dura que es castor de árboles.  
Pero, si me alzo sobre la tierra escondida,  
en su oleaje quieto, siento gemir savia, preguntando  
por mis vacías venas, por mis ojos desnudos.  
Mi amor quizá se ha puesto su antifaz de piedra.  
Si alguien quisiera rasgarlo con espada de aire  
quizá renaciera, quizá renaciera.

Os estoy pidiendo ternura por un poco tiempo.  
Descansar no puedo en las playas de la indolencia vuestra.  
Un límpido fervor en nuestro espacio de vida  
que, aunque es poblado de certidumbre de ayer,  
prefigura una plazuela cruelmente desierta.  
Pero el hoy ha de ser, en vez de este herraje y nebulosa,  
un sanguíneo corzo de prisa y lentitudes  
quizá un saltimbanqui entre perros verdes  
o una armadura risueña y esbelta que se va desliando  
en distancia que huye con dignidad lenta.

Crear, crear la brisa, el aliento, la dicha  
para ser tan joven como esta primavera,  
niño de fósforo, archipiélago de alondras  
y en lo secreto, delirante arboleda.  
Pero estos corredores vacíos, estos arcos desiertos,  
umbrales sin pisada, deseantes de una piel sonora,  
de voz de ajenjo sin apretados dientes,  
refugio son de caducidad austera,  
señuelos para penumbras remansadas y húmedas.

Y necesito el aire, la sazón sin escombros,  
el imán que unifique mis andanzas,  
el delirio sin ningún desengaño,  
quizá la clavadura de celeste golondrina  
o un arpón de ira, cimbrando en mi costado.  
Y persigo en vosotros el secreto,  
me escondo, antílope, en el follaje de mis muertos,  
y siendo mi antecesor, descendencia no tengo,  
y busco ligadura y vuestro des-nudo encuentro.  
Un desmayado viento me dice  
que no padecéis la ternura incómoda.  
He pedido ayuda para vivir a una turba de muertos.

Nadie conoce cómo nace el rasgo mínimo  
de una resquebrajadura. Se oye, sin embargo,  
el vago gemido de un niño que ya no nacerá,  
el carbón ardiente que, súbitamente, siente frío  
y estará, con sus aristas negras,  
entre llamas que danzando lo desdennan,  
la soledad que pone un huevo gris en lo invisible,  
un ojal en la carne que atraviesa azcona  
de la sospecha que tornará esa seda en andrajo,  
ese cristal en una ventana tuerta,  
esa columna, con vocación de estar sin capiteles;  
esa palabra desenvainada en daga que nos hiere  
a nosotros cuando cruje entre los dientes;  
esa mano condenada al guante;  
los ojos cubiertos de cien mil espías  
y los labios estrujados sólo por el aire.  
Todo, cuando en el alma se triza en sol  
o cae, leve, lenta, esa neblina.

## SOLO EL VIENTO, INUTILMENTE EL VIENTO

Oú il n'y a que de vent aux  
fenêtres  
André Vernet

No hay sino viento,  
golpeando  
en las ventanas,  
para despertar  
el aire dormido de la casa,  
mas nadie desvela  
a esa mansión muerta,  
ninguno  
pone café  
en las tazas vacías,  
para que su vaho cálido  
recuerde chimeneas,  
encendidos fuegos  
para hacer bailar  
las sombras.  
El viento  
y sus búfalos  
desatados,  
a las puertas embiste.  
Nadie  
sale a abrirle  
por el pasadizo  
desierto;  
la madera tiembla,  
pero,  
con miedo discreto,  
su gemido

desadormece  
al silencio  
y nadie se atreve  
con lo que él contiene.  
El viento mete  
vanas ganzúas  
en las cerraduras  
cuyos ojos janos  
casi  
miraban  
a la calle y a las habitaciones.  
El viento ciega  
a las encucilladas cerraduras,  
como Ulises  
a enanos polifemos.  
El viento  
palpa los muros  
con ventosas de pulpo  
y, si se lija los tactos  
en playas de cemento.  
y alguna herida le nace  
en aristas del techo,  
o en canaletas rotas,  
su sangre es de óxido  
envenenado por el tiempo.  
Siempre el viento  
encuentra hendidja  
donde sostener  
su abundante cuerno  
con un largo  
monótono mensaje  
que no entiende el silencio  
y la mampara detiene,  
con respeto  
por los muertos  
que viven allí dentro.

El viento se equivoca.  
Dice su solo nombre  
que viene de la eternidad,  
de lo invisible,  
y para que se corran  
los densos cortinajes,  
las luces se enciendan  
de improviso,  
ardan salamandras,  
estufas y cocinas,  
haya aroma de café  
y se enternezcan los muros,  
las tazas abran sus bocas  
para el ardor que quema  
y las puertas  
recobren bienvenidas,  
es vano todo viento,  
su nombre y furia se desangran  
en su vasto desierto.  
Sólo la figura,  
cuyo nombre me ha oído  
en desvarío loco  
susurrar levemente  
en el filo del silencio,  
podría despertarnos.  
A mí y al corazón tierno  
del viento lento.

## ADAN REFLEJO

A Alfredo Aranda

Sí. Como a resucitada cobra le duele la piel vieja,  
a la abandonada busco. Vosotros miráis un hueco revestido  
de destelleantes colores que el polvo opacará  
y le dais mi nombre. ¿Nadie me ve en el árbol de manzanas  
como un río que busca en el verdor la más ácida?  
Quizá no sea yo, sino el Adán dormido al que El  
aún no se acerca. Entonces, en la sierpe está el tiempo  
y yo no los conozco. Tengo el poder del nombre:  
a ella la he nombrado, mas aquella potencia detenida  
en el éxtasis, es mi ignorancia todavía. Me han adormido,  
pero no tengo nada que soñar. No sé inventar el miedo,  
el deseo, la cobardía, el ansia. Mis sentidos son de cristal sonoro.  
No puedo reflejarme en ningún agua porque no tengo sombra.  
En vano la serpiente onduló. Yo dije ondula, danza.  
Soy sapiente inocencia. Inútil, se amarraba a las ramas  
lentamente, morosamente, y me silbaba su lengua.  
Yo dije es un silbido, nombre con muchas íes que luego  
redondea. Me miraba y cerraba los ojos para apagar su rayo.  
Yo cerré los míos por quitarme con la palabra un cuerpo.  
Al abrirlos, estaban repitiendo en espejos cóncavos y convexos,  
las curvas en los senos, en las caderas, y el mirar curvado  
se movía con latido, con jadeo, ondulando, ondulando  
con rubor e impudor de manzana que olvida su corazón albo.  
Sentí entonces que, en mi cuerpo, comenzaba el tiempo  
y que tenía que nombrar muchas cosas difíciles con mi piel  
de inocencia en el verbo. La serpiente se desvistió de su cáscara  
inútil y gastada con el roce. Se mostraba restallante y bella.  
Yo me arranqué mi corteza de trival y, en sangre, quedé entero.  
Y puse nombre a infinitas luces de goces y tinieblas de miedo.  
No puedo cerrar los ojos, porque ahora sueño la realidad  
y realizo mis sueños. Y no encuentro mi cáscara de trival perdido.

## ANDAR POR LA NOCHE SIN MOVERSE

Me despierto en la noche. Cuatro horas poderosas  
a la vida arrancaron sus tósigos nocivos.

La muerte era el vivir pleno, armonioso,  
con piadosas manos sobre entristecida frente,  
con látigos de sombra contra alzados tigres  
que rugían sus manchas de sol enloquecido.

A la vigilia, prisionera siempre de fantasmas,  
le ordenan que descame el sueño de apariencias  
y en lo oscuro, con desollada piel me deje,  
con uñas arrancadas, con gota sobre el cráneo,  
e, impía, me cante cual nodriza maligna  
y me instale en el reino de relojes.

Yo nada entiendo de demoníacos poderes.  
Todos los que duermen, con desaforadas voces  
me exigen en la frontera del vencedor cansancio,  
donde bajo el dosel de desmesurados ojos  
se sientan la nada, la noche, la nostalgia  
a contemplar bocas que, implacables, desangran  
y en carrusel sin trineos ni caballos danzantes  
hacen girar mi alma en un vals mecánico  
que mi sangre acelera, aunque no mueva a nadie.

No hay labio piadoso que me diga no duermas.  
Y Lázaro muerto, he de andar por la noche,  
sin que nadie me lllore porque me estuviese amando.  
Y ando por esta página, sin alba, sin destino.

## TOTAL GRACIA DE LA MUERTE

A Carlos René Corréa

¿Qué esperas de la muerte? La total gracia.  
La sangre que, invisible, a su ritmo gira  
albeada en su escarlata, acorde a lo infinito  
que, en inmovilidad y latencia de yema,  
lleva su flor y rueda y aroma y cerco  
siempre naciendo y siempre estando quieta.

Estos dedos con número de tacto limitado,  
dunas se van creando, lentamente,  
con ternura de luces en gozo enamoradas;  
estos ojos que no conocen fronteras  
y creen en la increíble hermosura humana  
evanescente en un fulgor de un minuto oscuro,  
iluminan con su amor lo que semeja lumbre,  
y placen en arder por ser ajenos  
y hermosura ven y en ella se convierten,  
sin dejar de ser los ojos que me llevan.

Estos pies debieran conocer caminos limitados  
y, en fatiga, adormirse en sus humanos pasos,  
mas prisa llevarán, yertos y medidos,  
invitados serán a espacio interminable.

Y el escondido corazón que no amó suficiente  
romperá la corteza seria de las carnes  
y nacerá de nuevo, movido por recuerdo  
de amores perdidos, malogrados,  
y será fuego de verdadera llama  
que encandilará al Amor que él tenía en olvido.

Así, en recobro, será muerte-vida,  
gracia total de ser en lo más puro increado.

## EL PASO ENTRE DOS AÑOS

He encendido todas las luces de la casa  
para que aparente un ascua de alegría  
y no haya hombre solo y su tristeza.  
Me ríen las ampolletas esféricamente sus fulgores,  
me retratan las fugitivas sombras sobre el muro,  
se comunican como navíos sus guirnaldas de destellos  
para que ningún fantasma naufrague en este acantilado.  
Las lámparas del jardín son hojas y luciérnagas  
o quieren adivinar el futuro dorado de los pámpanos.  
Trepa la tierra por muros y arcos en gozosas guías  
y cual verde brisa mira por los vidrios.  
En el interior, espera que oscurezca para la emboscada  
la mesa de ajedrez con sus ejércitos. Tuercen la cabeza  
los Reyes Magos equivocándose por tanta sorpresiva estrella,  
y un joven estudiante jamás vuelve la página del libro.  
Ocho comensales invisibles están sentados en el espacio  
abierto de sus sillas, sin osar movimientos, pues el sol  
clavado ya en el muro, si amenaza con rayos  
tiene un corazón de diamante robado por reflejos  
y sin corazón y con rayos, quién se atreve, soberbio.  
En el dormitorio de mi madre, todas las luces  
buscan su luz y se empavonan luego de tristeza.  
En las salas, libros ordenados asoman testa brillante  
y lengua muerta. Sólo la lámpara de los Seminarios  
baja sus alas de Glasgow como plural lágrima bronceada.  
Bohardillas polifemas, en lo más alto, atisban,  
envidiosas, incansables, risas en las casas vecinas.  
En mi velador saltan las letras aguardando a mis ojos.  
Cuadros y escaleras rientes están. Melancoliza la chimenea.  
El silencio alarga los oídos por si un timbre tímido le hablara.  
Dicen que estoy. Que mi sombra lo atestigua, y la ansiedad,  
aunque sea niebla entre tanta vana luz que ilumina el vacío.

Quien debiera venir tiene tantos brazos, tanta música que bailar, tanto brindis sonriente por el nuevo año que esta noche vieja se deshace en polvo. Se ponen serias las que fueron luces. Como hoja de otoño, cada habitación cae en la nada. Si llega con su memoria y olvido, con su lentitud y su prisa, encontrará una casa sonámbula que se perdió con el año.

A Pablo Garrido

La mesa está servida. Los platos se extienden  
anhelantes. Ordenados cubiertos tienen aire  
entristecido de plata. En una copa absorta  
reluce sangre en abandono; abreviado en la uva  
el sol desnudo está en la otra hermana.  
Disimula su sed, en el cristal, el agua.  
Arrodillada, la servilleta monja espera.  
Escondido en tortuga de cobres solitarios  
el pan mostrar quiere su ternura alba.  
Silencio deja la silla ante esta duna  
interminable, muchos años tendida.  
Ningún comensal llega. Yo, sin embargo,  
camarero de la soledad, a la esperanza sirvo.

Pero yo soy un muerto por  
quien no lloran todavía

J. R. Jiménez

Todos los que por mí podrían llorar  
han muerto. Están en el pozo sin música de la espera.  
En el sagrario con el óleo que resguarda y ruega.  
Con toda la potencia de su cuerpo en gloria retenida.

Todos los que por mí podrían llorar  
han olvidado. Faltó la piedra que coronara el arco  
y todo el templo es un desierto humano.  
En la catacumba se sigue la granazón moliendo,  
en la noche la hostia querida no deja de ser luna,  
y en el ara consagrada, sacia el pan, el vino embriaga,  
y están en la sombra, sin que sepan, nutriéndoles.  
Pero la piedra que falta cierra el llanto.  
Todos los que por mí podrían llorar  
han besado y negado. Desertan, deponen la palabra,  
hieren su médula y el aire de hoy la seca,  
sin saber que en la palabra donada mi eternidad y sueño  
iban con vigilia sedienta y majestad del consumido tiempo.  
Y la ostra del tedio no produce lágrima  
y los corales son petrificadas sangres.

Solo en mí, entre poblado éxodo de las soledades,  
en altamar sin olas, soy un muerto.  
Peregrino en el páramo que es mi heredad,  
estoy muerto. José en seca alberca por mis sueños.  
Jacob dormido en la piedra sin escala de ángeles  
y sin nombre eterno. Pordiosero, para mis ojos sin nadie  
pido limosna de mirada o lágrima. Y Dios  
me da el recuerdo.

A Ernesto Livació

Gracias te doy, Señor, por el aire que respiro  
aunque me olvide de ese don que sostiene mi vida;  
gracias te doy, Señor, por el pan de mi mesa  
que tú lo multiplicas para ser compartido;  
gracias por el agua que mana, porque mi sed la evoca;  
gracias por sal que dio a mi lengua sabor desde el primer día;  
gracias por el aceite, sol crucificado, indeleble tatuaje  
sobre el fervor de la frente, la cerviz soberbia y la herida del pecho;  
gracias por este corazón que no tiene cenizas  
y es linaje de sangre sonámbulo en el cuerpo;  
gracias por mis pies a quienes justifican la paciente tierra;  
gracias por mi mano derecha y su ocasional sexto dedo;  
gracias por la otra que, en bondad, es callada servidora;  
gracias por los ojos, bocaminas insaciables  
en cuyas galerías la realidad se hace sueño;  
gracias por esta boca, si quebradiza de labios,  
jamás venal en la verdad ni clavel para sombras;  
gracias por prestada fuerza que a mi timidez derrota  
y no mide potencia sino del bien que quiere;  
gracias por los años que me has ido sumando,  
por todo el aserrín que finge árbol,  
por el trabajo lince y su fatiga vidente  
que me enseña más de lo que estoy enseñando;  
gracias por mis padres, transparentes en mis gestos  
que siguen tocando el mundo mientras voy en camino;  
gracias por el follaje de amigos fieles y por los pocos  
que, sin entenderse, se fueron traicionando;  
gracias por el amor que me cantó en sirena  
mientras al mástil un ángel me tenía amarrado;  
gracias, porque en mi albedrío me cautivas solo  
y me concedes prisa de ciervo vulnerado,  
jadeo de lucero, cansancio de cometa, sosiego de oceano  
Gracias por esta luz del día y la tiniebla que viene  
que será oscuridad de mundo y una lumbre sin horas  
donde la vocación de ser no sufrirá sobresalto.

**OBRAS POÉTICAS DEL AUTOR, ORDENADAS  
CRONOLOGICAMENTE**

- La raya en el aire.** (1937). Editorial Nascimento. Santiago. 1978.
- Mortal Mantenimiento.** (1941). Premio de Poesía de la Sociedad de Escritores de Chile, 1941. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago. 1942. Tercera edición: Editorial Nascimento. Santiago. 1978.
- Cancionero de Hammud.** (1942). Edición privada. Tercera edición: Editorial Universitaria. Santiago. 1976. Cuarta edición: Editorial Nascimento. Santiago. 1981.
- Las figuras del tiempo.** (1942). Primera edición, bajo el título "El tiempo". Ediciones Estudios. Santiago. 1942. Tercera edición: Editorial Nascimento. Santiago. 1979.
- Luz de ayer** (1943-1949). Editorial Universitaria. Santiago. 1951.
- El dios prestado por un día.** (1976). Primera edición: Editorial Universitaria. Santiago. 1976. Segunda edición en "No tengo tiempo". Tomo I. Editorial Nascimento. Santiago. 1977. Premio Municipal de Poesía, 1978.
- El ojo cazado en la red de silencio** (1976). Segundo volumen de "No tengo tiempo". Primera edición: Editorial Nascimento. Santiago. 1977. Premio Municipal de Poesía, 1978.
- Rodeado estoy de dioses.** (1976). Tercer volumen de "No tengo tiempo". Primera edición: Editorial Nascimento, 1977. Premio Municipal de Poesía, 1978.
- Con ansias vivas y sin mortal cuidado.** (mayo, 1977). Edición privada, fuera de comercio. Santiago, 1977.
- El árbol deshojado de sonrisas.** (1977). Editorial Nascimento. Santiago. 1977.
- La ínsula radiante.** (1978). Editorial Nascimento. Santiago, 1978. Segunda edición: Editorial Universitaria. Santiago, 1981.
- El laberinto sin muros.** (1978-1980). Editorial Aconcagua. Santiago. 1981.
- La antigua llama – Cancionero de Hammud.** Reedición de la poesía de "Luz de Ayer". Cuarta edición del "Cancionero". Editorial Nascimento. Santiago, 1981.
- En prensa: **Variaciones sobre un antiguo corazón.** (1979-1981). **Ciencia de aire.** (1979-1981).
- Por publicar: **Los mármoles pensativos.** (1978).  
**País perfecto.** (1977-1981).  
**Madurez de la luz** (1981).

## INDICE

El laberinto sin muros . . . . .	9
<b>Profecías y hedores.</b>	
Cassandra . . . . .	17
Silencios para Cassandra:	
I. No necesitamos profetas . . . . .	19
II. La ciudad ha desaparecido . . . . .	21
III. El ruego de Cassandra . . . . .	22
He estado entre vosotros . . . . .	24
Mi patria es mi vigilia . . . . .	25
Treno no querido . . . . .	26
Las alcándaras . . . . .	27
La red os mira con los ojos cerrados . . . . .	29
Aunque los cuarzos reluzcan . . . . .	30
Salutación . . . . .	31
Los labios lisonjeros . . . . .	32
Cadáver intermedio . . . . .	33
Angel del siglo veinte . . . . .	34
Ciudad . . . . .	35
Los hombres rotos . . . . .	39
A un vacío, a una ausencia . . . . .	43
¿Quiénes son los muertos? . . . . .	44
El desfiladero de la calle . . . . .	45
La letra es vuestro ataúd . . . . .	46
Dios vendrá a su creación vacía . . . . .	47
<b>La mano lazarilla.</b>	
La ciudad apagada . . . . .	51
Mesa con dos en un jardín . . . . .	52
Tu ternura . . . . .	53
Vamos al mar . . . . .	54
Para siempre . . . . .	55
Destruyamos el muro . . . . .	56

Entonces . . . . .	57
Estoy cansado . . . . .	58
No puede ser . . . . .	59
El labio de nuestros labios . . . . .	60
Hamaca . . . . .	61
Viento inmóvil . . . . .	62
Loa del mundo y del mirar . . . . .	63
Hacia aires de nada . . . . .	64
Gente recorre los lugares . . . . .	65
Una paloma blanca me mira . . . . .	66
Se va todo . . . . .	67
Cuerpo entre las espumas . . . . .	68
Como sé, tiemblo . . . . .	69
Ardor en Carolina . . . . .	71
Canción y miel para mis eternidades . . . . .	72
Cada amor es el último . . . . .	73
Traducción literal y sin temores . . . . .	75
Entre mi corazón . . . . .	76
Importante lección . . . . .	77
Me pides la alegría . . . . .	78
Los espejos han muerto . . . . .	79
Caricia . . . . .	81
Poder del nombre . . . . .	82
Adán . . . . .	83
Alguna tenía el poder . . . . .	84
Sólo un breve espacio sobre el corazón . . . . .	85
Tras unas letras escritas . . . . .	86
Yo os amo . . . . .	87

### **Casa de piel**

Esta casa de piel . . . . .	91
El desembarcadero de la noche . . . . .	92
Aquel trineo de infancia . . . . .	94
Extranjero en mi propia vida . . . . .	95
Esperanza de ser . . . . .	96
Sólo un montón de cosas . . . . .	99

Llegará el día . . . . .	100
Muy justa injusticia . . . . .	101
Baño . . . . .	102
Bajar, subir escaleras . . . . .	104
Puede . . . . .	105
Todo lo tengo que perder . . . . .	106
En esta edad de yerros . . . . .	107
Diez años después . . . . .	109
Mi ajeno albedrío . . . . .	111
Vuelvo al engaño . . . . .	112
Estaba ya . . . . .	113
El vestido de llagas . . . . .	114
La llave con su mano de fuego . . . . .	115
El hombre que piensa su misterio . . . . .	116
No olvidar jamás el primer nombre . . . . .	117
La juventud va siendo . . . . .	118
Noche del huerto . . . . .	120
Viviréis sin mí . . . . .	121
La partida . . . . .	122
Cartel de la vida . . . . .	125
No llueve por mí . . . . .	127
Danza de la silla en vano . . . . .	129
Multitud de siempre . . . . .	130
Vedado está al lápiz . . . . .	131
Alguien en mí se equivoca . . . . .	132
Navidad sin madre . . . . .	136
El estío no será . . . . .	137
Vocación de paz . . . . .	138
Soy el esperado . . . . .	139
Lázaro luminoso . . . . .	142
Visión con hombre que falta, al fondo . . . . .	144
Mi muerte . . . . .	146
Mientras el sueño viene . . . . .	147
Ya no tengo miedo . . . . .	149
Hoy es el día . . . . .	150
Ese es mi oficio . . . . .	151

No es un solo ser . . . . .	153
Casa absolutamente cerrada . . . . .	154
Siempre mañana . . . . .	157
Interior . . . . .	158
He pedido ayuda para vivir . . . . .	159
Levísima trizadura . . . . .	160
Sólo el viento, inútilmente el viento . . . . .	161
Adán reflejo . . . . .	164
Andar por la noche sin moverse . . . . .	165
Total gracia de la muerte . . . . .	166
El paso entre dos años . . . . .	167
Camarero de la soledad . . . . .	169
No llorarán jamás . . . . .	170
Acción de gracias . . . . .	171

**Obras poéticas del autor.**

<b>BIBLIOTECA NACIONAL</b>	
PTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS	
DL <input checked="" type="checkbox"/>	8 ENE. 1982
Ca <input type="checkbox"/>	
D <input type="checkbox"/>	
Ca <input type="checkbox"/>	
<b>SECC. CHILENA</b>	



**ROQUE ESTEBAN SCARPA** recibió el Premio Nacional de Literatura en 1980. Es éste un premio a una vida dedicada a la poesía, el ensayo y la educación, traducida en numerosas obras y en la formación de centenares de educadores y literatos. Profesor y Decano en las Universidades Católica y de Chile, ha sido un verdadero maestro en la vida literaria del país.

**EDITORIAL ACONCAGUA** se siente honrada en publicar sus primeros poemas después de haber recibido el máximo galardón de la literatura chilena.